PRÓLOGO

Y

ESTUDIO PRELIMINAR

CARLO MORALES, EL ESPECTÁCULO DE LO COTIDIANO.

RAFAEL CANTILLO
Músico y Profesional en Lingüística y Literatura -Universidad de Cartagena

Ni el calzado en sus pies ni el duro pavimento del camino evitan la huella de lo humano, en su paso por la historia, en su diario habitar. Cada espacio de la ciudad, es una huella profunda, forjada por la presencia de innumerables vidas cruzando y habitando el paisaje urbano. Son las marcas de la cotidianidad. Un millar de lecturas se pueden hacer en solo una calle de cualquier ciudad del mundo, aunque, incluso, esté abandonada (Pero dejemos ese tipo de calles, una calle abandonada es una imagen quizás demasiado surreal, un sueño de un domingo después de la guerra). Por supuesto, la imagen que tenemos de las calles de las ciudades es que están siempre llenas de personas, y lo estarán más, cuando la inmensa mayoría de la población mundial se concentre en ellas, como ya se vislumbra.

De ello darán cuenta la antropología, las ciencias humanas, el arte, que centran su atención o están sujetas, sobre todo, a los cambios evolutivos en los espacios urbanos, donde lo humano adquiere una mayor dimensión, pues son una construcción humana por excelencia. El reino del homo sapiens encuentra su plenitud en la ciudad.

La babel es esto: legiones de costumbres, miradas, expresiones, saberes, sentires. Cada elemento dejando la difícil tarea de una lectura total. Cada nueva huella ocultando los pasos que ya fueron dados o dificultando su lectura. Aun así, se puede leer la ciudad a partir de esas marcas que, fijas en cada uno de estos rincones, parecen difusas. Por supuesto, esa lectura será como la mirada a huellas en el barro. Huella dura, por supuesto, pero también viva, como cada cosa en el tiempo (¿Acaso no dijo el poeta que "*las cosas viejas dicen, alguna rara historia"*?) Desde una perspectiva semejante es que concibo el origen de libros tales como este llamado *Ficciones Cotidianas*, y el despliegue de miradas que dan sentido a una ciudad de tantas huellas superpuestas, miradas como la de Carlo Morales, un autor que se ha empeñado en recuperar historias en el difuso escenario de lo cotidiano.

Son todas, historias sacadas de una cotidianidad urbana, pues Ficciones cotidianas es, ante todo, una obra de corte urbano. No porque mencione espacios citadinos o cuente historias revestidas de hechos propios de la urbe, sino porque en ellas se respira vida de calle, espíritu de pavimento y se palpa la convivencia en el caos. Carlo Morales saca los personajes de las cajas en que habitan y despliegan sus vidas privadas, para hacerlos actores del espectáculo de la calle, el espectáculo de lo cotidiano. Y creo que uno de los aspectos más rescatables que la lectura de este libro brinda es, precisamente ese, la conciencia de que la calle bien puede mirarse como un espectáculo del que muy pocos se percatan, como el magno evento que es ¿Es una necedad prestar atención a lo cotidiano, por simple y repetido? Si es así, Carlo Morales es uno de esos necios empeñados en seguir develando los aspectos rutinarios de la ciudad que le tocó vivir, desde lo más majestuoso hasta los aspectos miserables, pero siempre aspectos que su mirada transforma en belleza. Y vaya que, el solo detenerse a mirar, es ya un acto de belleza, bastante devaluado, por cierto, frente a la cada vez más cotizada tendencia de ignorar la vida (aquella que no está compuesta por los bits de un P.C. o un celular, por mencionar algunas realidades en pantalla).

La ciudad, las leyes, el estado, la familia en pleno, casi todo te obliga a no mirar, la mirada es un accesorio exclusivo de lo virtual, y las calles y otros espacios son solo para transitar y/o perecer: una vía para desplazarse de un lado A hacia un lado B. Los lugares de parqueo y contemplación no existen. Excepciones habrá, pero estas golondrinas queriendo simular un verano suponen algunas limitaciones para el observador; y, aunque existan estos lugares, el *habitus* de pasar y transitar no permite la acción real de la mirada.

La ciudad, ese gran espacio es, en sí, un lugar de paso, acomodable y desmontable a capricho (¿Cierto, signore Calvino?). Se dificulta mucho más la lectura de los espacios urbanos. El simulacro y la prisa vienen juntos, el vértigo parece invadir más los pies del andante (lector potencial de los signos urbanos) que las manecillas del reloj, como si los animara aquella vieja consigna de *a vivir que son dos días*:

> Mi error: no recordar que la ciudad tiene su ritmo y que todos los siguen mientras a mí no me es posible. Todos van frenéticos, acelerados hacia sus destinos. No importa si van al trabajo, a la escuela, a alguna reunión casual o sencillamente a ninguna parte. Están los que va, están los que vienen, pero el ritmo es uno solo: acelerado y desesperante.

El estado de conciencia que Carlo Morales tiene de este hecho se hace evidente en casi cada página, como si nos restregara esa lamentable realidad en cara. Nos pone de frente al espectáculo de lo cotidiano que normalmente nuestros hábitos han decidido ignorar. A manera de burla, no solo hacia los aspectos y hechos sobre los que relata, sino también hacia el lector desprevenido, propone juegos con el lenguaje, la más cotidiana de nuestras realidades, quizá como una prueba para determinar si somos dignos de que se nos devele lo que se oculta en la más profunda capa de las prácticas rutinarias de la urbe. Como cuando cierto personaje de este libro dice:

> Me engañaron. Me he engañado yo también: estos hombres de cicatriz y sellos en las muñecas no son tan peligrosos después de todo y su anunciado peligro no fue más que una alegría reflejada en sus ojos tranquilos y confiables, al recibir el dinero. Sus ojos tranquilos, confiables y alegres.

La revelación de la voz termina siendo, en realidad una revelación propuesta al lector, a su conciencia, que, de estar aletargada, tendrá una interpretación mucho más estruendosa. En la voz de ese mismo narrador, el autor nos deja ver que el miedo es un tema de importancia, tras el decorado del escenario, quizá, pero protagonista, al fin y al cabo. Está allí, es el miedo de las personas de encontrarse con el otro, y, en definitiva, el miedo de encontrarse al final con uno mismo:

> Este hombre en pie de lucha me es similar y me ha recordado a otro que hace varios días tropecé a la salida del supermercado. O más bien me tropezó a mi (…) Este que habla realmente llegó a sentir pavor. Era el miedo de ser herido, de que esa figura barbada y sucia y con una extensa cicatriz, dejara salir conmigo la peligrosidad que su apariencia anunciaba.

Y:

> Ya mi miedo me preparaba para las palabras ¡Quieto! Deme todo lo que tenga. Pero aquel sucio, aquellas barbas y esa cicatriz tenían ojos, y quien los viera diría: Este

tipo es de cuidado, mira que robar los ojos de un indefenso. Indefenso y triste.

No es este el principal tema en los cuentos, pero se puede leer Ficciones Cotidianas desde allí, porque, las historias que se nos relatan están todas salpicadas del miedo. Precisamente esa es una escena que se repite en el diario espectáculo de las ciudades, la mayoría de ellas. Como producto de una cultura humana, las historias de este libro dan cuenta de los muros que la humanidad ha venido construyendo: un sistema que se describe como incluyente pero que no termina por incluir a todos. ¿Y la solidaridad humana? Bien, gracias. No existe es que no es como yo o los míos. El entorno es un lugar hermosamente invisible, y sus habitantes lo son también; aquí se come indiferencia a diario. Vivir, con ojos cerrados, sin mirar ni atender, transitar sin mayor preocupación parece ser una consigna. Se evita tropezar con el mendigo, por ejemplo, o, para dar un ejemplo más familiar, con uno de los tantos desplazados que nuestra violencia ha dejado.

¿Recuerdan haber visto algo de esto de lo que venido hablando? ¿No? Lo tenemos a la vuelta de la esquina, o cruzando la puerta. No necesitamos de ir a nuestra sala de cine favorita ni suscribirnos a una señal de televisión paga. El espectáculo de lo cotidiano es el oficio de Carlo Morales Mejía, y lo trae aquí, directo a nuestros ojos, para que vaya hasta nuestro entendimiento y se quede en la conciencia –individual o colectiva, da lo mismo-. Estas historias nos proponen una mirada diferente a la calle, ya no como un paisaje difuminado de objetos que se mueven, que se estancan dentro del espacio físico, donde nosotros nos agotamos como humanos y nos hacemos esos objetos, cotidianos y obsoletos. Las ficciones cotidianas están allí, esperando por nosotros, para que empecemos a vivirlas y dejen de ser ficciones y se conviertan en nuestras vidas reales, para que empecemos de una vez a vivirlas, con el sentido crítico que estos tiempos nos exigen, con el ingenio propio del *homo sapiens*, que utilizó los objetos para dejar inscrita la huella que testimonia su presencia en los espacios que habitó.

Hay en este libro una invitación a adentrase en el espíritu de la ciudad, para reconocerla, está en estas historias cualquiera de nuestras urbes. Hay una invitación a caminar por sus calles, a transitar por sus páginas o por su vida que, como indica el narrador del primer relato, es lo mismo.

FICCIONES COTIDIANAS: EL LUGAR DE LOS DESENCUENTROS: LA CIUDAD COMO ESPACIO DE DEGRADACIÓN DEL HOMBRE

JULIETH MENDOZA TORRES
Profesional en Lingüística y Literatura -Universidad de Cartagena

Abordar el estudio del libro de cuentos *Ficciones Cotidianas* (obra que resultó ganadora del premio de cuento IPCC 2009) tiene la importancia de que así se contribuye a visibilizar de manera integral la producción literaria del Caribe colombiano, en este caso especial, a los creadores contemporáneos, para ampliar la elaboración de un mapa de la literatura del Caribe con el conocimiento de nuevos escritores, como Carlo Morales. El interés se centró principalmente en posibilitar un mayor reconocimiento de sus creaciones. Luego está la apreciación crítica de los relatos, la cual nos brindó agradables resultados, consignados en las siguientes líneas.

Empecemos por decir que en el libro de este escritor cartagenero, la principal visión es la crisis del sujeto moderno ante la ciudad, vista ésta como espacio de fragilidad, vacío, muerte y desencuentro del hombre consigo mismo y el entorno, motivo de su reclusión en la soledad. Los cuentos en él contenidos son ese rostro que no se muestra, por contradecir el ideal de progreso que embriaga la humanidad, primero con el advenimiento de la Modernidad, y ahora con la vertiginosa revolución tecnológica de las últimas décadas. Y esa es precisamente una de las obligaciones de fe de un escritor: no comulgar con la oficialidad, develar lo oculto o señalar de nuevas maneras lo evidente.

Será por su vocación de ser un escritor, en todo el sentido de la palabra, que este libro de cuentos plantea una mirada particular de las dinámicas de los espacios citadinos, destacando aspectos cotidianos como la muerte, el amor, la desilusión por el mundo y las relaciones interpersonales, la juventud que evade las represiones sociales, el señalamiento del otro como enemigo, etc. Habría que preguntar al autor. Lo que sí podemos afirmar es que, en sus cuentos, se otorga una importancia relevante a lo cotidiano, al representar cada uno de los detalles del diario vivir y exponer los hechos más rutinarios como acontecimientos dignos de exaltación.

Carlo Morales, con este libro, nos pone frente al universo de unos personajes que tienen mucho en común, aunque sus historias parezcan no entrelazar: sus instantes de plenitud son fugaces y, aunque intentan encontrar un asidero que les permita seguir en la lucha en una urbe que los corroe, terminan dándose cuenta que nada es suficiente para evitar su destrucción, puesto que ‘‘ya no hay lugar para ellos y sus ilusiones’’, terminan desechos pero, con el estoicismo que sus convicciones les permite, llenos de una amarga tranquilidad.

Ficciones Cotidianas refleja muchos elementos que también han sido ejes centrales en la poética de otros escritores, pero su estilo convierte en únicas a cada una de sus historias. Desde el punto de vista formal, los cuentos se caracterizan por un lenguaje sencillo y claro,

untados de un humor cáustico; está la presencia de acontecimientos usuales que ponen al lector frente a reconocibles imágenes del día a día, en las que puede verse reflejado. Los ocho cuentos (¿o más?) de que está compuesto el libro tienen lugar en tres ciudades colombianas: Bogotá, Cartagena y Medellín, ficcionalizadas para el funcionamiento de una representación simbólica.

Estos cuentos son una buena muestra de la complejidad que implica la creación de un universo de sentidos, tal como se conoce a los textos literarios, pues todas sus estructuras narrativas, recursos estilísticos, indicios, sistema de sentido y bagajes culturales y literarios que se necesitan para su creación los convierte en un entramado de significaciones que adquieren vida propia, una vez salen de la mano del escritor.

Los forasteros de la ciudad

> Dijiste: "Iré a otra ciudad, iré a otro mar.
> Otra ciudad ha de hallarse mejor que ésta (…)
> Nuevas tierras no hallarás, no hallarás otros
> mares. La ciudad te seguirá (…)
> Para otro lugar -no esperes-
> no hay barco para ti, no hay camino.
> Así como tu vida la arruinaste aquí.
> En este rincón pequeño, en toda la tierra
> la destruiste (C. Cavafis).

Señala A. J. Greimas *(1983)* que, para realizar de manera eficaz una interpretación general y deductiva de la narratividad, es necesario examinar las relaciones entre sujetos y objetos, por lo cual es preciso el análisis de cada una de las estructuras y recurrencias en la obra, tanto desde el punto de vista de la forma como desde el contenido.

Dentro de las isotopías (elementos recurrentes) presentes en *Ficciones Cotidianas*, encontramos: la fugacidad de las relaciones humanas, la soledad, la desilusión, el vacío interior, y la muerte-suicidio, como única salida a la dura experiencia de ‘‘vivir la ciudad’’. El desarrollo de estas isotopías nos lleva a reconocer la propuesta estética de la obra.

Empecemos mencionando que, para los personajes de estos cuentos, la ciudad se torna un espacio inhabitable en el que se pudren por dentro; la realidad que los rodea les causa desconfianza, se sienten cada vez más vulnerables ante el mundo, y la idea de un acecho inesperado los encierra entre barreras sociales que dificultan el acercamiento con el otro. La mayoría de los personajes experimenta un miedo tan perturbador, y no practican la civilidad como creación de espacios donde puedan compartir, disfrutar y expresarse, y rehúsan a participar de la búsqueda del bien común.

Para ellos, el miedo es una realidad, una especie de plaga maligna que se ha esparcido rápidamente y ha logrado invadir sus vidas; convirtiendo la ciudad en un lugar de desencuentros, en el que los personajes “sacrifican” su tranquilidad al enfrentarse con extraños que solo perturban su existencia. En estas historias, las relaciones humanas de los personajes cada vez son más frágiles, sienten constante desasosiego y peligro ante todos los que se les acercan, dándoles una definición de enemigos o forasteros (enemigos directos), extraños (socialmente distantes pero físicamente cerca) o vecinos (conocidos), tal como los categoriza Bauman (2004).

Un hombre necesitado viaja en bus, buscando una posibilidad económica; su recorrido por la ciudad le depara encuentros con distintos personajes, a los que él llama "necesitados" y que le recuerdan su estado de necesidad. En su propia pobreza, se reconoce inferior, pues no está preparado para pedir: "al menos él se atrevió y obtenía lo suyo a cambio". En otro cuento, Adriana, por miedo a la desilusión, se suicida justo cuando encuentra una verdadera razón para vivir: el amor. Prefiere acabar con todo en el mejor momento, para quedarse sólo con bellos recuerdos de esa relación, bajo la idea de que:

> Tal vez haya muchas canciones aun por sonar, pero en cuanto hayas escuchado la que más te gusta ¿para qué esperar? Con esa debe terminar tu noche. Y no hay razón alguna por la que debas escucharla toda, es mejor hasta donde todavía la disfrutas (p.39).

Y casi la totalidad de los personajes vive en caos, desconfianza, desesperanza y temor, o al menos es la percepción que se trasluce: "…empecé a caminar no sé hacia qué lado, lejos de la estación y de la gente que mira sus relojes como queriendo exprimir de ellos la hora en que su bus aparezca y se los lleve de ahí, a salvo a sus madrigueras" (pp. 35-36).

Tenemos también la historia de un hombre cuya vida se reduce a insignificantes actos y una tortuga muerta por una rata que merodea por la casa, y a la cual intentará encontrar –a lo largo del cuento- para vengarse. Una vez más, el personaje es un tipo solitario. Como solitario es ese otro personaje que espera en su apartamento a una mujer que, por lo visto, puede salvarlo de su soledad, y mientras esto ocurre, intenta matar el tiempo ("Mientras Ella llegaba, pensó que debía buscar qué hacer, para no partirse los sesos en su espera". P. 65) y sobrellevar su ansiedad, recordando un pasado que ha hecho de él un ser frustrado.

En escenario distinto, un grupo de jóvenes tiene en común su odio por la ciudad y buscan, a través de su adicción a la poesía, desconectarse por instantes de las dinámicas de la misma, de las que consideran no hacen parte. Para ellos la ciudad es una bomba de tiempo que está a punto de colapsar, y por esto, crean un espacio en el que se reúnen a intentar "huir de la city", una loma de escombros donde leen poesía y luego queman las hojas de los libros leídos, dando así paso al Origami: momento de éxtasis total en el que dan particulares interpretaciones de los poemas y descifran las imágenes en las nubes.

Para todos estos personajes, la ciudad es un espacio inhabitable. Concuerda esta visión con lo expresado por Zygmund Bauman y Rossana Reguillo, desde una mirada sociológica y antropológica, teorizando sobre el papel de los sujetos en las sociedades modernas, y cómo la modernización ha traído cambios en todos los ámbitos de la vida del hombre. El uno, desde lo más global, como las sociedades modernas, la otra, específicamente en las culturas urbanas y juveniles. Con los dos se pueden armar conclusiones cercanas a lo que afirmamos sobre las dinámicas de la ciudad moderna, reflejadas en los cuentos de *Ficciones Cotidianas*. Ellos hablan de formas que los sujetos tienen para diferenciar y nombrar la otredad de la que creen que "debe cuidarse". Tal es el escenario encontrado en estos cuentos.

La soledad, el vacío, y la tristeza vagan por cada línea de estas historias, se expone el alto grado de crisis y tensiones a las que se ve expuesto el sujeto moderno, que lo llevan a una aversión por la ciudad que desencadena en su mirada negativa hacia la misma. Estos personajes, urbanos en esencia, van frenéticos hacia sus destinos, luchando con el tiempo y con otros desamparados que se combaten en las aceras y con ellas, para estar a salvo de los

merodeadores, individuos que no pertenecen al espacio en el que aparecen y causan desconfianza y temor a los otros, y que esperan la primera oportunidad para ‘‘hacer daño’’ Bauman (2000):

> Venía en eso, apresurada, cuando de una esquina adelante, justo ahora que ya está en la calle que da directo a su casa, salen dos tipos; más bien dos tipitos: flacos, desgarbados y como pelaítos, pero nunca se sabe. Su miedo debió haber crecido mucho mas al ir acercándose y percatarse de su mal aspecto (p. 73).

Eso sí, los personajes están en constante búsqueda de una razón que los mantenga en pie de lucha, y para esto se aferran a personas o actividades que se vuelvan el centro de sus vidas: de un lado se acoge y del otro se expulsa, se acoge lo conocido o idéntico, se expulsa lo distinto. El miedo y la idea de “el otro” como enemigo, construye una barrera entre los personajes que intentan mantener distancia entre ellos; por ejemplo, en *Un imperfecto reconocido*, cada encuentro del personaje con “los necesitados” es una gran hazaña y se refleja la apatía de los ciudadanos por los mismos, en contraposición a la solidaridad con su “igual”:

> Daría todas mis riquezas a este hombre, si las tuviera. Daría al menos las monedas que él esperaba de los pasajeros y que no salieron de los bolsillos, atascados como las miradas suaves en sus ojos y las sonrisas en sus mandíbulas (p.59).

La atmósfera que traspiran los cuentos es, mayormente, una ‘‘peligrosa’’ ciudad en la que los personajes temen a todo lo que los rodea, pero principalmente a quienes no conocen, y que a pesar de ser sus iguales, los convierten en sus posibles victimarios.

Y es que los narradores de cada uno de los cuentos son, de alguna manera, enemigos de la ciudad, no se acoplan a ella, no logran encajar, y ven cómo se destruyen aquellos que en su afán de escapar, no se detienen a admirar los detalles a su alrededor, algo más cercano a la realidad:

> Mi error: no recordar que la ciudad tiene su ritmo, y todos lo siguen mientras a mí no me es posible. Todos van frenéticos, acelerados hacia sus destinos. No importa si van al trabajo, a la escuela, a alguna reunión casual o sencillamente a ninguna parte. Están los que van, están los que vienen, pero el ritmo es uno solo: acelerado y desesperante (p. 36).

Vivir la ciudad, al ritmo que ella marcha, eso sólo es posible para personajes conformistas, que son incapaces de luchar a pesar de que saben que la ciudad los destruye poco a poco y que la felicidad es una puerta que cada vez más cerrada. Los narradores se hacen vigilantes cautelosos de los movimientos de otros que ni siquiera se preguntan el porqué de sus actos.

A esa aparente muerte de los habitantes, a su adormecido comportamiento, le contrapone el autor la muerte, la verdadera, duplicada en su sentido o forma como los personajes la ven. Por un lado, está la visión ya aceptada de la muerte como descanso, proceso natural en el hombre que debe aceptarse con resignación regocijo y tranquilidad; por otro, una muerte irónica, desprovista de su lado negativo, incluso, mirada con indiferencia: “Pensaría la mujer que Adriana, su padre y yo éramos los miembros de un extraño club, a los que nada les importaba siquiera la muerte de alguno de ellos” (p.25). La ironía se muestra también en el desdén por la muerte del otro versus la desazón de un personaje,

cuando la que muere es una tortuga. El personaje Raúl le da gran trascendencia al acontecimiento, llegándose a considerar "el tipo más solitario que podía caber en una habitación llena de podredumbre y rata" (p.51).

Sujeción a la tradición o inmutabilidad en las dinámicas sociales de la ciudad moderna: preocupaciones y problemáticas de los jóvenes escritores.

La tradición literaria del Caribe colombiano parece haber sido una influencia vital en la obra del escritor Cartagenero Carlo Morales. También hay en ella algo de la realidad colombiana más reciente, si pensamos en la tradición de violencia que casi medio siglo ha instaurado en el país. Pero el sello del libro de cuentos "*Ficciones Cotidianas"* lo define un lenguaje coloquial, con que se expresa lo cotidiano y las experiencias de vida del hombre, a partir de personajes que crean una memoria colectiva sobre dichos acontecimientos. El lenguaje puede tornarse crudo por las formas directas de expresión, e incluso, la implementación de palabras grotescas que se asemejen a lo vulgar y evidencian un alto grado de ironía. Esta forma singular de narrar la vida, y la utilización de recursos como el habla popular, la evocación del desencanto, la imposibilidad del ser, el deterioro del paisaje social y el fuerte cuestionamiento al mismo, son tópicos constituyentes de la narrativa de Carlo Morales que constituyen el hilo conductor de sus cuentos.

La presencia de sujetos urbanos en relaciona la obra de Carlo Morales con la de importantes autores de la región, como Pedro Badrán Padauí, Efraín Medina reyes y Raymundo Gomezcásseres; también existe relación en la utilización que estos y nuestro autor hacen de formas innovadoras de escritura con que construyen el sentido de sus obras. Podemos suponer que estos autores, desde su el valioso legado en la narrativa, han contribuido a la formación y se constituyen en modelo y guía para los nuevos escritores, como el autor del presente libro. Obviamente, los relatos de Carlo Morales se encuentran plasmados de manera singular, a partir de una estética y estilo particulares del autor.

Al igual que Efraím Medina Reyes, Carlo Morales busca romper con convencionalismos lingüísticos y realiza innovadoras propuestas narrativas. Carlo Morales se relaciona con Efraín medina, principalmente, en el plano estético, pues el fracaso también es el punto de partida de la vida de los personajes, siempre intentando ir por los márgenes a pesar de lo difícil que es ir a un ritmo diferente del que va la ciudad; además utiliza un lenguaje coloquial y grotesco. Se encuentra también en su obra ciertas coincidencias con la estética de Raymundo Gomezcásseres, primero en el desarrollo de los ideales de progreso y renovación social entre los personajes, que se mantienen en la búsqueda de un cambio de pensamiento en la ciudad, adoptando una forma de vivir alejada de normas y prejuicios que condicionan al hombre y no le permiten definirse y actuar libremente; para ambos autores, la ciudad, además de ser espacio de la música, la amistad y al amor, también es el lugar de las drogas, la muerte y el dolor, haciendo de los personajes seres llenos de angustia y desilusión.

No olvidemos que la literatura, ha mantenido desde siempre, una compleja relación de fidelidad o traición con lo real y, desde las diversas estrategias retóricas de las que se vale, se encarga de plasmar los diferentes estados del hombre: es "…la literatura una posible salida a esa estructura de dominio, y, sin duda, la literatura atravesada por la conciencia irónica, da cuenta de esas redes, de la paradoja de señalar la imposibilidad de una salida en el mismo momento en que la conciencia crítica asume su conciencia emancipadora (Bravo 1997, p.16).

La visión irónica nace de las entrañas de la cultura moderna, con la cual se intenta superar las convenciones establecidas como modelos y horizontes del existir del hombre, que lo han envuelto en hábitos, horarios y costumbres que se convierten en rituales desgastados, limitándolos a vivir en una ceguera contra la cual va a luchar la ironía, constituida como una forma de develar otras maneras de concebir lo real, en contradicción con las visiones objetivas convencionalizadas.

La ironía es una contraposición a todo dogma, y en ella se puede encontrar la intuición del caos y la catástrofe, el poder destructor y la negación de todos los instintos salvadores, además de la distorsión de lo real y la imposición de los contravalores; pero también busca con el mismo interés liberar al hombre, pues la ironía absoluta lleva a la locura, por tanto la modernidad plantea una salida; el primero, ve en el arte una vertiente, un segundo momento de reconciliación; el arte, por su parte, se pregunta por cuál es el mejor camino para superar la negatividad irónica, y encuentra en la alegoría la mejor forma de sobrepasar dicha negatividad (p. 91).

La ironía no se queda solo en la destrucción de los valores de lo real sino que también implica la búsqueda de revelar una realidad esencial en la que se reconstruya el sentido de ser en el mundo, la importancia de la vida y de la lucha por los ideales. Y en *Ficciones Cotidianas*, la ironía es un elemento recurrente, que sirve para mostrar reacción contra la realidad en la que se encuentra inmerso el individuo, realidad construida a partir de la cultura como sistema de formas y concepciones impuestos, que al legitimarse llevan a la opresión. Ante ello es que reacciona el lenguaje literario, el arte en general, conduciendo al juicio de la condición humana, que adquiere otro sentido y perspectiva de los grandes interrogantes del ser: la muerte, el amor, la soledad, el vacío, etc., todos ellos, junto con la belleza, los tópicos principales que se ironizan en el conjunto de los siete cuentos del libro.

En estos cuentos, la muerte es asimilada, por algunos personajes, con tranquilidad y naturalidad, deconstruye la experiencia de la misma como un acontecimiento doloroso y triste que marca al hombre y lo desarma ante la vida. Unos personajes se muestran indolentes con la muerte de los otros (aun siendo sus seres queridos): Adriana ante la muerte de su gato y sobre todo la de su madre, igual su novio y su padre ante la muerte de ella; como si realmente este tipo de pérdidas no significaran nada para ellos. Otros personajes piensan la muerte como un suceso difícil de asimilar. Y otro eleva a los animales a una categoría de superioridad sobre la condición racional y humana del hombre: está ese personaje que lamenta enormemente la muerte de su tortuga, por quien tiene un gran sentimiento de afecto y admiración; en cambio, otra cosa es cuando se trata de la muerte de un human: “Con mi esposa haré lo mismo, una bolsa, dos lágrimas y a la basura” (p.52).

El amor ha dejado de ser en estos cuentos un sentimiento idealizado que busca la perfección para convertirse en una fuerza real que permite a los personajes la posibilidad de ser, de encontrar sentido a la vida aunque sea por un instante. El amor, y finalmente todos los asideros que encuentran los personajes como escudo ante las dinámicas de la ciudad (la inseguridad, el miedo, las luchas por el poder y la superioridad, la discriminación, la agitación, las represiones sociales, el amor, la muerte, que lleva al hombre a la fragilidad etc.), proporcionan tranquilidad sólo en pequeños instantes de plenitud, pero que significan grandes acontecimientos en la existencia de los personajes. Como en el pensamiento de Bachelard (1987), la realidad es el instante presente, un instante suspendido entre las dos *nadas* que implica la muerte y el renacer del tiempo como constante comienzo.

La vida de los personajes y sus circunstancias los llevan a estados de desolación, tristeza y completa desesperación, como en aquel momento en que uno ellos nos dice: “En una pared alguien escribió “Nidia te amo”. Yo sentí también amor por Nidia, porque necesitaba amarla, aun sin conocerla” (p.37). Esa misma razón lleva al personaje protagonista de *Un breve vuelo de regreso* a persistir en una llamada equivocada que llegó a su teléfono.

Regersando a la ironía, hay que decir que, de un sentido de desconfianza de los sujetos hacia las instituciones sociales y estatales, surge casi toda la carga irónica que muchas de las frases llevan, dentro de los relatos del libro. Un protagonista narra su encuentro con un ex presidiario del que presume su inocencia, de la siguiente manera:

> Y me muestra su muñeca, por si el discurso no me convence, dos sellos que al salir le han puesto. No un tatuaje como los que acostumbran en prisión (…) En vez de eso, el nombre del hueco al que estuvo confinado y también, cómo podrían faltar, las insignias (muy conocidas por todos ustedes) de la sagrada república que lo envió allá” (pp.60-61).

Esta forma de expresar su mundo es un grito soterrado de inconformismo. La ironía en *Ficciones Cotidianas* es un desmonte de las realidades aceptadas, o la revelación de verdades no percibidas. En otro relato, un personaje dice: ‘‘Tengo presente que llegué casi flotando a casa, muy tarde. En la sala, todos reunidos, acomodados en torno al televisor (…) ¿se dieron cuenta de lo que llevaba en mis venas y que se asomaba en mis ojos? ¡Qué va! Con lo drogados que estaban todos’’ (p.77). Reflejo de la sumisión de los sujetos (entonces, la sujeción) al imperio de la tecnología y su imposibilidad de detenerse a ver lo que ocurre a su alrededor.

Muchos otros ejemplos hay de cómo la conciencia irónica modifica o desvirtúa el sentido de todas las estructuras convencionalizadas en la sociedades, dando cuenta de otras formas de aprehender el mundo y permitiendo la creación de otras realidades posibles, en las que se plantee la heterogeneidad, la diferencia y la negación como valores admitidos. Se plantea, a través del lenguaje, una posición de reacción ante las convenciones sociales, buscando acabar con los presupuestos y prejuicios que encadenan al hombre a un solo ritmo de vida, y no le permiten explorar las posibilidades del mundo.

Hay inconformismo por doquier en estos cuentos; lo encontramos cuando, por ejemplo, un personaje se muestra como un justiciero que intenta “limpiar el sucio de la ciudad”, evidencia del choque de los personajes con el espacio en el que se desenvuelven ¿Se trata también del inconformismo del autor con su realidad? Es posible. Pensemos, ante todo, que cada escritor es un observador y crítico de su entorno, de su vida, un estudioso de cada una de las cosas que lo rodean y de las personalidades y eventos con los que se topa en el espacio en el que está inmerso, permitiendo a lector reconocer, en esas verdades literarias de las que le hace partícipe, una situación con la que pudiera identificarse, directa o indirectamente.

Resulta atractivo pensar que, más allá de lo ideológico, estas historias sirven al autor como mera excusa para plantear, entre líneas, su inconformismo con el lenguaje y las estructuras que dominan la escena literaria que ha encontrado. Entonces, como lectores, debemos estar contentos: otra voz ha llegado a nuestras letras.

PRELUDIO

Por la Voz que narra varios de los relatos de este libro.

LA MUERTE:
ESA LLUVIA QUE CAE DE LOS TEJADOS

Yo soy la muerte, la muerte soy
GRAN COMBO DE PUERTO RICO

Quien acabe de bajar del barco o del avión se topa de frente con una ciudad recién pulida: edificios levantados se acomodan junto a calles estrechas que inspiran la tranquilidad de irse por ellas, en busca de las atracciones que se le ha prometido en un folleto. Si ese es su caso, usted no ha visto realmente nada y es probable que juzgue como inútil ficción lo que yo tengo para contar.

Se irá por las calles estrechas, sin percatarse siquiera de las gárgolas que, encaramadas en la cima de las viejas casonas coloniales, parecen burlarse de los transeúntes, quizá porque saben que calles así son hechas para incluso ocultar el cielo de la vista humana ¿Sucede lo mismo con los habitantes, se han dado ellos cuenta? me pregunta usted. Ellos tampoco entienden de qué hablo, pero comprenda usted: las casas son realmente altas en estas calles.

Entonces... ¿por dónde íbamos? ¡mmmm, sí! por el boulevard: Así que continúe caminando por el boulevard que le hemos preparado. Sí, preparado, leyó usted bien, pues es esa la palabra que he usado. Del mismo modo en que arreglamos la habitación en que está hospedado, decoramos el salón en el que algunas noches baja a escuchar música o la comida que esta noche ha cenado, preparamos esta ciudad que usted ve, justamente para que así la vea. Pero no se sienta mal, no ha sido su culpa, al fin y al cabo es eso lo que son la mayoría de las ciudades: elaboraciones hechas para el gusto y el asombro del visitante. Por cierto ¿Cómo le gusta su vino?

Pero, por favor dejémoslo atrás, que no es de eso que vengo a hablar. Pero ya le he dicho que usted no lo entendería, si acaba de llegar y no ha ido más allá de la página doce, aunque, si lo hiciera, nada encontraría. Así que es preferible que no busque usted en su folleto y trate de verlo como se lo explico, pues ahí nada le dirá que esta ciudad es una costra, una gruesa capa de polvo que, a la próxima lluvia, se irá por los desagües y quedará sepultada bajo sí misma. El espectáculo de agonía que son las personas de esta ciudad caminando allá abajo -No sienta pena, no le de miedo, adelante, puede subir y mirarlo con sus ojos-, despierta en mí el deseo de socorrerlas.

Y, créame, ya había yo renunciado a esa idea y al decir eso, no me refiero estrictamente a haberla apartado, sino más bien al hecho de haberse convertido en un silencioso sueño que nunca lograba descifrar. Pero una ventana como esta desde la que usted se asoma ahora, a veces puede ser el gran ojo por el que la conciencia entra a las cosas y por el que todo se ve con mayor claridad. Desde la ventana de mi cuarto he visto yo el lamentable desfile de los habitantes, mientras me asomaba a la calle, a ver cómo todo se iba apagando, a medida que el día iba decayendo.

Debo decir, eso sí, que la revelación empezó realmente una noche, al irme a la cama. La revelación era esta: toda esa gente no son sólo parte de la capa moribunda, cada vez que los camiones recogen los desechos, muchos de ellos quedan. Son los sobrevivientes.

Bastó con que una pregunta me llegara de noche. ¿Acaso saben ellos que son los sobrevivientes diarios? Que ese pájaro que es la muerte los acecha desde su nido, les revolotea sobre las cabezas sin llegar a cagarles encima, sin saber porqué razón. O si lo prefieren, la muerte es más bien una lluvia que cae en cualquier momento. Y puede usted correr y refugiarse, aún está la posibilidad de las gotas que escurren desde los tejados y que caerán sobre usted, ya sea en forma de terrible virus, de satélite ruso desorbitado o como bala perdida. Es la muerte chorreando, sus últimas gotas siguen allí, dentro de cada uno: ha pasado la más terrible arremetida de los bombardeos aliados a Berlín. Imagine usted, haga ese esfuerzo, por favor, si el día después, tras la visión de los escombros y el reguero de cadáveres que quedan ahora, en vez de la ciudad, los sobrevivientes se encuentran de frente con la amarga alegría de estar aún vivos y no saber qué determinado mecanismo del destino es responsable de ello.

¿No lo ha pensado usted también? ¿Acaso es necesario el bombardeo? Tal vez. Pero debo decirle que hasta en los ojos de un perro he visto palpitar esa idea, un brillo apagado, mientras el animal busca respuesta con su olfato.

Pero no se quede en la ventana, no sienta vergüenza. Siéntese aquí en el tejado y véalo como yo he intentado mostrárselo. Ahí abajo están, por ejemplo, en ese callejón, un hombre que hace un instante entró con una macabra intención pegada a su rostro y otro que acaba de entrar tras él; no tardarán en encontrarse. El indigente sobre la acera, acostado y con sus ojos vigilando el cielo. Están también los chicos que noche tras noche llegan a la pequeña loma junto a aquel edificio, a esa particular fogata de libros con la que tratan de labrarse una realidad más suave, que agotan hasta el último minuto de la noche antes de regresar a sus casas, derrotados, seguidos desde arriba por nubes en la que ya no se reflejan sus sueños.

A este otro lado, mire bien, es oscura la noche, el hombre ebrio que intenta abrir la puerta de su casa; aquella pareja de novios, el muchacho que espera algo o a alguien, sentado sobre su motocicleta y, sobre todo, fíjese en aquel hombre, el pobre es, sin duda, un poeta, o nada; lo veo recorrer estas calles cada noche, como si sólo en la noche, cuando todo está adormecido, pudiera encontrar algo de alivio ¿Alcanza usted a ver esa mirada? Si no lo sabe, es la mirada de alguien que ha perdido algo que ya nunca podrá encontrar. Ahora mire al hombre en el balcón del edificio de enfrente: hace varias horas que camina de aquí para allá, y sospecho que se ha decidido a terminarlo todo ¿Muerto, dice? No, aún no lo está, y ¿acaso esa palabra no nos queda bien a todos? Ese elegante hombre se lo puede decir, mientras en esa salita espera a que su doctor lo haga entrar y le confirme esa muerte que lucha por salir y se le hace presentimiento en la garganta, ya hace bastante tiempo.

Son todos ellos una historia que ya conozco, a fuerza de verlos pasar por esta calle, por mi vida, que es lo mismo. Para mí ellos son eso que les he dicho. Y yo, yo soy sólo un ojo que vigila y apunta, un dedo nervioso y una voluntad que vacila entre dejar todo tal y como está o intervenir en la vida moribunda de esta ciudad, en los destinos de estos personajes. Soy la muerte amenazando con caer de la nada, desde las nubes o desde este tejado que me sostiene y en el que ahora usted está conmigo.

Siete y media. Cada una de esas historias llega a su fin con ellos, hoy ninguna importa. Ninguno de ellos alcanzará a contarla.

La comida no tarda en estar lista, me advierte mamá desde dentro de la casa, respondo que bajaré en algunos minutos, más de dos se me pasaron pensando que aún no sé a quién de esos pobres desgraciados dispararé primero. De algo sí tengo la certeza: es mi historia la que está siendo contada y el desenlace empieza esta noche.

Cartagena, 2009

DAS LIED IST AUS
(FRAGMENTOS DE UNA CANCIÓN)

Dieser Sommer ist gestorben
und Du weiss genau
Wenn ich jetzt bei dir bleibe
stirbt auch unsere Liebe

Bye, bye, my love - canción popular alemana

I

Todo fue demasiado rápido. Y silencioso. Las cosas parecían premeditadas con meticulosidad por el destino. Adriana despegó desde una inestable silla de madera y quedó en brusco atada a las vigas del techo, flotando hermosamente junto a la cama de su padre. Tal vez su garganta crujió fuerte cuando la soga la atenazó. En medio de la humedad y el silencio de la noche, el sonido se habría ampliado y el padre, en la quietud de su dormir, llegaría a pensar que todo era parte de un sueño inquietante. Quizá pensó que se trataba del crujir de una puerta derribada por algún ladrón que a esa hora intentaba entrar a robar y comunicaría a Adriana su temor, con unas palabras bien calculadas y en un tono casi secreto del que ni siquiera el ladrón hubiera podido percatarse. Pero ella tampoco le hubiera entendido, pues sus palabras saldrían de la somnolencia de su boca, a través de unos labios pegajosos. Abriría un poco sus ojos para detectar al osado intruso, pero los cerraría enseguida, tranquilizado por la presencia a su lado de lo que juzgaría como un hermoso ángel, justo en el momento del agónico aleteo de Adriana. Y aunque le preocupara la falta de resplandor en torno a su imagen y que la aureola la trajera en su cuello, seguiría durmiendo y sólo despejaría la duda al día siguiente, cuando bajaran a su hija de la horca que se hubiera propiciado, fría y rígida, como una piñata que no tuvo fiesta; con esos ojos que le miraban a él, casi pidiéndole que la bajara.

Todo fue desesperadamente silencioso. Su padre descolgó el cuerpo sin gritar (como se me hace ahora lógico que hubiera pasado). Tampoco lloró. Ni siquiera hubo lágrimas en sus ojos. Tan sólo ese silencio profundo y desgarrador como cualquier llanto de dolor.

Esa misma mañana, yo me había levantado un poco más tarde que de costumbre, pues la noche anterior estuve con Adriana y llegué casi en la madrugada. Así que, cuando me desperté, encontré que la mañana ya había avanzado bastante en las manecillas del viejo reloj de mi cuarto. Enseguida vi por la ventana a alguien que entraba hasta la terraza. Abrí la puerta como si le esperara (ni siquiera lo conocía), y antes de que pudiera tocar, yo ya había abierto la puerta y me encontraba con sus ojos que, no sé por qué razón, serían los que recordaría cada vez que intentara imaginar los de Adriana, mirando agónica el dormir de su padre, sobresaltado en la cama, al tiempo que su imagen se iba de su cabeza, poco a poco, junto con el aire en sus pulmones.

No hubo palabras.

Los ojos del hombre me dijeron que aquel sobre que traía en sus manos era para mí. Y yo tomé eso que estaba envuelto en un desgastado papel de manila y que enseguida supuse era una carta, una carta de Adriana.

Al romper el sobre con desespero, pude ver un conjunto de cuatro sobres, amarrados con una fina cinta vino tinto y en la superficie, un papel blanco en el que de inmediato reconocí las letras casi artísticas de Adriana, escritas con calma. Luego, casi como un ave de presa, detecté su firma, que remataba la nota consistente de un solo párrafo.

Si estás leyendo esto, lucky you, but lack of me; tal vez entraste a mi cuarto, revisaste mis cosas y encontraste la vieja libreta en que me escribo sólo a mí. O es que tal vez sí eres algo más, como creí sentir esa vez que te permití sentar a mi lado, en el bus, cuando te dejé saber que mi nombre es Adriana. En ese último caso, me alegra haber escrito estas notas, que han venido siendo mi confesión todo este tiempo.

Terminé de leer y recaí sobre la nota, una y otra vez. Debajo de ella, atados, había efectivamente cuatro sobres. Me quedé con ese número en la mente mientras jugaba con la idea de que cada uno de ellos contenía una carta. Una carta de

Adriana, cuatro cartas de ella. Nunca había recibido nada escrito por ella para mí y ahora recibía cuatro (¿una por cada semana que pasamos juntos?).

¿Y el mensajero? Cuando levanté mi vista, avergonzado por haberlo olvidado, ya no estaba. Ni siquiera esperó por el "muchas gracias" que había quedado en mi boca, como una bala atascada en la recámara de una pistola. Se fue tan silencioso como llegó, dejándome a solas con la idea de que él era parte de la muerte de Adriana.

Muchos minutos después de que el mensajero se hubiera ido, alguien más vino a tocar mi puerta. Yo todavía sostenía la nota y los sobres en mis manos, pero no leía. Miraba por la ventana algo que no estaba afuera, sino más bien adentro, dentro de mí. Pero los tres golpes en la puerta llenaron mis oídos de la realidad que ya empezaba a irse de mí, poco a poco, con la llegada del sobre. Y bueno, lleno de esa realidad nuevamente, abrí la puerta.

Frente a mí tenía a una señora que, estaba seguro, la había visto varias veces, pero por más que revisé y revisé en los cajones de mi memoria, no encontré su nombre. Ella, en cambio, ya traía listo el mío, y lo usó en cuanto me vio aparecer, acompañado de un "muy buenos días" y un rostro apesadumbrado, que le dieron rápido paso a la noticia de la muerte de Adriana, mejor dicho, a la confirmación, porque ya lo sabía. Lo supe en cuanto leí su nota. Y no me sentía triste. No podía afirmar que sintiera dolor. Incluso llegué a saber, mientras recibía el sobre, que cualquier otra cosa que eso significara me causaría decepción. Yo sólo me encontraba un poco confundido y… ¿cómo decirlo?, con el entendimiento muy lejos del hecho.

Cerré la puerta antes de que ella pudiera contarme los detalles. No los necesitaba: desde el momento en que comencé a leer las palabras de Adriana comencé también a armar mentalmente, minuto a minuto, cómo había llegado a decidirse a hacerlo. Cómo decidió que debía morir justo al lado de su padre, mientras éste dormía (esto lo decidió tal vez porque estaba segura que a él no le afectaría. Lo sabía porque a ella no le habría afectado tampoco, en caso de que fuera lo contrario. Y ella lo reconocía: poseía una réplica exacta del carácter de su papá).

De alguna manera, pude también ver reflejada en la nota cómo reaccionó su papá, al levantarse y verla ahí, colgada frente a él, con los ojos fijos y una mala cara, como si le reprochara por no haberse levantado aún. El hombre se levantó tranquilo, alcanzó a medio tender la cama, sin dejar de verla, como diciendo “Sí, ya voy. Ya me levanto y tiendo la cama”.

Bajó el cuerpo con cuidado, le arregló los cabellos y la acostó en su cama, con dulzura, de la manera en que se haría si se temiera despertarla. Luego salió hasta la casa del señor Ramiro, su vecino, le contó lo que acababa de pasar. Lo esperó en la puerta a que acabara de cambiarse la ropa y se fuera con él hasta su casa. Pero no lloró, en ninguno de los momentos que estuvo allí. Quizá dejó escapar alguna lágrima pero “uno no podría asegurar que estuviera llorando. Si acaso se le veía una seriedad como dolorosa, pero no lloró ni se lamentó. Más dolor se le veía al Ramiro, que hasta llegó a gritar 'Ay, mi señor', agarrándose el pecho, cuando su amigo le contó. Yo salí corriendo a ver qué pasaba, y fue cuando Ramiro me lo contó”. Decía la señora que había venido darme la noticia, contándoselo a Carlo. Luego él decidió contármelo a mí.

Imaginé qué habría pensado aquella mujer al verme llegar hasta el umbral de la puerta y notar en mi rostro el mismo gesto de indolencia que vio en el padre de la difunta. Recordaría que eso mismo fue lo que vio en la cara de Adriana, cuando su madre murió; en el colegio, sus profesores prepararon, durante minutos, la mejor manera de decírselo a la niña sin afectarla. Y ella tan sólo siguió dibujando en su block, sin levantar su cabeza, mientras decía “Entiendo ¿A qué hora voy a salir entonces?” Como si nada. O cuando aquel camión aplastó a Nemesio, su gato, al que tenía desde muy pequeña, su rostro adquirió ese aspecto impasible, se agachó en el pavimento, despegó el cuerpo y lo echó en una bolsa de basura que encontró a la mano y siguió su camino.

Pensaría la mujer que Adriana, su padre y yo éramos los únicos miembros de un extraño club, a los que nada les importaba siquiera la muerte de alguno de ellos.

Días después, sabría por Álvaro que aquella señora había visto un brillo en mis ojos que se le parecieron unas lágrimas por salir, y juzgó una expresión en mi rostro como auténtico dolor. Es más, ella le contó que me vio muy mal, a tal punto

que no pude decir nada, y que cuando cerré la puerta en sus narices, ella estaba segurísima de que me suicidaría. Cosa que juzgaba muy normal, romántica y comprensible: “perdona lo que voy a decir, pero si la mujer que amaba, acababa de quitarse la vida, yo entiendo que él también lo haga, pues así no tendría que afrontar el terrible dolor de su ausencia. Entonces era muy seguro que quisiese estar a solas para procurarse rápidamente una muerte que aliviara todas sus penas. Por eso no hice nada. Fue después, cambiando de opinión, que decidí venir a avisarte, Álvaro, porque sé que ese muchacho es tu amigo. Creo que lo mejor es que vayas y mires, si su vida te interesa”.

¡Que va! Cuando Álvaro llegó a mi casa, yo aún sostenía la nota en la mano y no le quitaba la vista de encima a la puerta que momentos antes había cerrado en las narices de aquella señora, como si con eso se hubiera desactivado el mecanismo de mi decisión y mis movimientos.

No decidía ni me movía. Pero ahí estaba Álvaro, y Dany y Pacho, y Otto también. Estaban todos preocupados por mí, sin embargo, yo aún no pensaba cuál era el movimiento que seguía. ¿Matarme? No lo contemplaba siquiera. Supongo que era porque mis pensamientos iban a millón, a una velocidad que me resultaba muy difícil examinar con precisión alguna de las ideas que iban de un lado a otro de mi mente. Y todo volvía al silencio. Ellos me conocían y sabían bien que cualquier palabra pronunciada resultaría como una algarabía: exagerada y molesta. Por eso mantuvieron silencio. Sólo se conformaron con asegurarse de que nada me pasaría. Así lo entendí yo también, a través de las miradas que constantemente nos dábamos: ellos a mí y yo a ellos. Y toda la noche estuvieron allí, mirando cómo analizaba el papel que todavía sostenía en mis manos, como si buscara algo distinto a lo evidente: una bocina, una pantalla, un botón…Adriana escondida tras algún pliegue.

II

He repetido tu nombre todo el camino de regreso a casa. He agotado todas las posibilidades que la imaginación me ofrece, tratando de encontrar los indicios con que confirmar lo que ya creo saber. Me he venido a las carreras a casa, a aislarme de la gente para quedarme a solas con el recuerdo de tus palabras, que me han tendido una trampa en la que por supuesto he caído.

Me he sorprendido a mí misma con el deseo de tener eso que llaman mejor amiga, para hablarle y hablarle de vos, como si estuviera contagiada de una enfermedad cuyo mayor síntoma es precisamente ese: hablar de vos, repetir tus palabras.

Pero no hay nadie y repentinamente sos vos el único punto de referencia, en el estrecho perímetro de desolación que es mi vida. Por eso te escribo, a través de este papel, que no sos vos pero que tampoco es sólo papel. Es mi manera de que esa charla del bus siga hasta que te vuelva a ver -aun cuando sienta por ratos que lo mejor sería precisamente que no sucediera.

La sopa de mi almuerzo no tuvo este día mucha acogida de mi parte. A mi lado, Tara, mi compañera de trabajo, me hablaba, al otro lado, vos preguntándome cosas en el bus y mirando mis manos, poseídas por el orgullo que tu mirada sembraba en mí. En mi mesa Tara habló de unas manos que alguien acababa de perder por amputación, en vez de eso, yo te escuché a vos, hablándome antes de que el bus parara en mi estación y yo saliera disparada, como si compitiera con toda esa gente que se levantaba automáticamente y se dirigía rápida hacia la salida, tirándote de un solo largo grito los números de mi teléfono.

Creo, como lo creí en ese momento, que no lograste tomarlos y unirlos para hacer una combinación útil a las ganas de vernos de nuevo. No quedará en tu memoria más que una desordenada reunión de números titilando sobre el asiento que dejé vacío a tu lado. Al llegar el momento de tu parada, bajaste a prisa del bus, al frenético ritmo de los que abandonan el bus contigo. Te tropezaste con los que desesperadamente intentaban subir, a tomar el lugar de los que acababan de bajar y, al tropezar contigo, terminaron por llevarse, uno a uno, los números que te he dejado zumbando en el aire, tras de mí, como una difícil prueba, anhelando que la superes y entres al mecanismo de mi teléfono, que hagas repicar su timbre y sepa yo enseguida que se trata de vos.

Sin embargo, puedo esperar que, aunque hayas recordado por completo los números, decidieras no llamar, como la mejor prueba de eso que sos. Entonces no me habré equivocado: sos, existis.

III

Y luego lo inevitable: los recuerdos. Nuestro auto se fue por la Ochenta, derecho, sin doblar en ninguna calle. Adentro íbamos nosotros: Adriana y yo; y él nos llevaba, porque ya sabía hacia donde. No. Más bien era el piloto automático de mi costumbre de los últimos diez días de ir a recoger a Adriana al sitio donde trabajaba. Era mejor que no fuera yo el que estuviera pendiente de conducir, porque toda mi atención estaba en ella, que me miraba la boca, no como cuando me quiere besar sino como cuando teme que yo pregunte algo que no está entre sus respuestas.

Mi boca asediada por sus ojos y sus ojos por los míos, y ambos asediados por el silencio que nos daba el que no tuviéramos en cuenta al resto de la gente, y porque ninguno de los dos decía algo aún: ni yo preguntaba ni ella requería mi pregunta

mientras la ciudad, adornada con apresurados transeúntes, iba pasando a toda velocidad por las ventanas y los retrovisores del auto, en tanto que nos acercábamos a la esquina donde debíamos tomar el cruce para llegar hasta mi casa.

Entonces su cara se acerca y la mía se lo permite, justo en el momento en que el auto se ha detenido un poco, decidido a cruzar en la callecita del árbol en la esquina, que es la calle donde yo vivía. Sus ojos se balancearon algo, en parte por la aceleración de su pecho, en parte por el balanceo del auto, al pasar sobres unos baches en el pavimento.

Adriana me besa, como apurando mis palabras. Tan sólo le bastó una ligera presión sobre mis labios para que la pregunta saliera apresurada de mi boca:

–Adriana –le dije – ¿Por qué me pediste que nos fuéramos de la fiesta? Inmediatamente caí en cuenta que no debí haber dicho aquello. Se hacía evidente que se debió al beso. Más bien debí haberme quedado callado, tal vez habría logrado que ella hablara primero, que tomara la iniciativa en aclararme lo que yo aún no empezaba a entender. O si hablaba, que fuera para hacer algún otro tipo de comentario: alabar lo bien que besaba ella, por ejemplo; no sé, quizá era mejor haber dicho algo sobre lo bien que olía su perfume, incluso decirle: “Adriana, todavía tienes en tu boca el sabor del ajo que comiste al mediodía”. Quizá era también lo que ella esperaba: que lo dicho no hubiera sido dicho. Pero no comentó nada. No abrió siquiera su boca con ese ademán de vacilación con que otras mujeres anuncian lo que no habrán de decir. Nada. Ni un brillo sospechoso en su mirada.

En vez de eso, me besó nuevamente. Y también nuevamente las impulsivas palabras: Dime, Adriana ¿por qué? Acaso esa que bailábamos ¿no era tu canción favorita?

Entrecerró sus ojos y me quedó mirando. Claro, esta vez no era como cuando está brava y quiere reprocharme algo. Me sonreía y me miraba como si analizara un ejercicio matemático para el cual busca solución. Yo era una bomba a punto de estallar, cable negro, cable rojo, cable azul, cable blanco, pero ella no me dejó

detonar. Al parecer, el cable estaba en mi nuca. Puso su mano derecha por detrás de mi cabeza, con cuidado, no fuera a ser que causara la explosión. Volvió a besarme y el reloj quedó detenido. El sonido que hacían mis pensamientos cesó. Luego apartó sus labios de mi boca y los llevó hasta mi oreja izquierda para decirme: “Tú eres mi canción favorita”.

IV

El teléfono y yo nos hemos dejado de mirar desde hace dos días. Él sabe que de todos modos lo vigilo, en espera de un ring tuyo llamándome, preguntando con cautela si esta es la casa de Adriana. Yo espero pero tú no llamas, eso me llena de esperanzas: esperanzas de que no seas un tonto más incluido en el último censo. He medido en mi cabeza cada una de las palabras que me dijiste, las repaso para anticipar en ellas las mías cuando llames y tu vos extraviada se encuentre con mi voz. Por favor, ¿Adriana?, dirás; y yo, sonriendo, “con ella habla ¿Quién es?”, sonriendo aun más, esta vez para mis adentros. No usarás excusa por haberme llamado, eso ya lo sé. Todo será claro: te sentiste atraído por mí, es natural, explicarás; luego una invitación, si es posible, aclararás. Yo diré que no, ya lo he decidido, pero por error te dejaré saber dónde exactamente vivo, para allanarte una entrada a mi vida.

Por otra parte, debo confesar, sobre todo a mí misma, que estuve imaginando que recibiría una llamada de vos antes de que llegara el viernes. Al parecer no ha sido así. Papá me ha dicho de algún hombre preguntando por mí, dijo ser alguien que quería ofrecerme trabajo, recibió mis datos de alguien más, dijo. Su acento era extranjero (brasilero, le pareció a papá) y dijo llamarse Elkin Porta, que es claramente un juego de palabras. Reconocí enseguida que se trataba de vos, de una

señal de tu parte, avisándome que me habías encontrado y que pronto te vería. Me alegra saber que todo se acerca a lo que supuse.

V

Yo era su canción favorita. Me lo dijo aquella noche y lo confirmé la mañana que aquel hombre entró a mi casa y me entregó la nota de Adriana. El día anterior, estuvo escuchándome toda la mañana: fuimos al mar y practicamos durante un buen rato nuestro hobby compartido favorito: dejar que la brisa nos golpeara la cara hasta aburrirnos de placer. Después estuvimos comiendo y bebiendo todas las frituras y los jugos que habíamos preparado nosotros mismos, mientras resolvíamos el enorme crucigrama que habíamos guardado toda una semana para esa ocasión y que, claro, lo llenábamos con las palabras que queríamos escribir, de modo que fuera más fácil y menos aburrido.

Así, entre las empanadas y el jugo de mora, **HORIZONTAL, DE CUATRO LETRAS, CAPITAL DE UCRANIA, "POPÓ"; UNA DE LAS ISLAS DEL PACÍFICO SUR, OCHO LETRAS, "SÍSTOQUE"; O, DE DOS, PATRIA DE ABRAHAM, "AY"; PARA QUE, HORIZONTALMENTE, CINCO LETRAS, ESCULTOR FRANCÉS, AUTOR DE EL PENSADOR, "YUPPY".** Risas, Adriana que me lanza una mirada, y yo que se la devuelvo.

¿Más salchichón? Aquí tienes tu vaso de jugo. **DE CINCO LETRAS, DIOSAS MENORES QUE INSPIRABAN LAS ARTES.** La respuesta estaba en mi cabeza, y en la de Adriana. Pero no la escribimos en el crucigrama: la dejamos sobre la arena y nos metimos al agua. Adriana me abrazó mirándome directo a los ojos, por sobre sus cejas, y yo empecé a escribir la respuesta en su cuerpo. Primero en su boca, **DE CINCO LETRAS**…*en sus senos, alrededor de sus nalgas*. Ella sabía también la respuesta, ganas. Por eso me abrazó con firmeza y enterró sus uñas en mi espalda, cuando yo empezaba a escribir por entre sus piernas.

Sí. Yo debía ser ya su canción favorita, y me hacía sonar sólo para ella, con todo mi cuerpo, en todo su cuerpo, subiendo por su pecho hasta que mi música se apoderó de su jadeo y fue hasta su voz, al final de la canción. Primero, **CON MUCHAS LETRAS, VERTICAL, AAAAAAH… AAAAAAAH.. AAAAI**. Luego, **CON CINCO, CASI HORIZONTAL: TE AMO.**

Eso fue apenas el día anterior a su muerte. Nos fuimos a mi casa. Nos bañamos juntos, como si todavía no saliéramos del mar: nos abrazamos fuertemente sin dejar de besarnos, y moviéndonos entre las olas de nuestros cuerpos, aún cálidos e inquietos.

Recuerdo que por un instante me quedé inmóvil, mirando fijamente la arena que salía de nosotros, para ir a reposar al piso del baño. Me alegré secretamente al pensar que aquellos minúsculos granos de arena que el agua había puesto a nuestros pies era nuestra síntesis: una única arena, uniforme, armoniosa: sin saber cuál había salido de su cuerpo o cuál del mío.

VI

Ha sido larga esta semana, en especial este día, que sería el último antes de verte de nuevo, por cuarta vez, como convenimos: encontrarnos para ir al mar, a presentarle formalmente a la brisa esta relación que a nadie he contado.

Ayer se cruzó un crucigrama en mi camino, quise resolverlo inventando las palabras para evocarte a vos, que sos todo ficción, pero lo cerré y decidí dejarlo para después, aunque ellos parecen sólo dejarse llenar si es con tus palabras, por eso me he dado por vencida por ahora.

Pero está tu juego de palabras con esas seis letras que aluden al destino y al aire a la vez, eso me ha dado alientos. Voy a intentarlo, cuando otro crucigrama me asalte en la vía.

Todos estos días me he dormido pensando en tu cuello sin aroma.

VII

Otto y Álvaro me dejan en la estación de Paloquemao, preocupados por mi mutismo, que ya está en los límites de un indiferente automatismo, pero con la conciencia un tanto aliviada por mi insistencia de que iba a estar bien y necesitaba unos minutos a solas, antes de que tomara el bus que me llevaría a casa.

El carro arrancó, y antes que se cumpliera el segundo de haberse perdido en la distancia empecé a caminar no sé hacia qué lado, lejos de la estación y de la gente que mira sus relojes como queriendo exprimir de ellos la hora en que su bus aparezca y se los lleve de ahí, a salvo a sus madrigueras.

Busco en la piel de la ciudad las notas que habrán quedado escritas, cuando Adriana y yo hacíamos sonar nuestra melodía por toda Bogotá. Dentro de varios segundos estaré recorriendo las calles que hicimos nuestro territorio. Lo haré lentamente, como si interpretara con mis pasos una canción calmada, un blues, tal vez.

Mi error: no recordar que la ciudad tiene su ritmo, y que todos lo siguen mientras a mí no me es posible. Todos van frenéticos, acelerados hacia sus destinos. No importa si van al trabajo, a la escuela, a alguna reunión casual o sencillamente a ninguna parte. Están los que van, están los que vienen, pero el ritmo es uno solo: acelerado y desesperante.

Luego viene la lluvia. Entonces los que corrían aceleran aún más sus pasos. Corren como si en detenerse estuviera su perdición; al ritmo un, dos, un, dos, como si pesara sobre ellos una condena al detenerse, y ahora sí que me es imposible seguirlos. La ciudad fría se hace mucho más fría. De las bocas de los desesperados escapa un espeso humo y me parece que se les saliera el alma ¿Es necesario que pasara, para que puedan encajar en la city? O quizá no sea eso y se trata sólo de una señal de auxilio, emitida desde muy adentro. La señal de que quieren comunicarse, que alguien les hable y les rescate de su soledad.

Quisiera poder ayudarlos a todos, alcanzarlos y hablarles, preguntarles si algo los está matando. Rescatar al menos a la bella mujer junto al semáforo, que parece ser el peor caso. Que emite una señal aun más visible mientras respira, aunque su intachable tocado no permita siquiera sospecharlo.

Pero no. No podría. El frío aumenta y veo que de mi boca, al bostezar por el cansancio, también se escapa una enorme señal de auxilio. Enseguida supe que nadie vendría a rescatarme de mi soledad ¿Y cómo, si, a la velocidad que marchaban todos, era imposible que alguno viera mi fumarola de dolor? Imposible detenerse si la lluvia ya dictó el ritmo de la marcha y el frío sigue apurando.

Y ya debo estar desvariando, porque los edificios en frente se vuelven repentinamente una gran cara iluminada, y en el centro, las ventanas, una enorme sonrisa que resplandece, con un soukous que a lo lejos suena, como una animada carcajada. En una pared alguien escribió “Nidia te amo”. Yo sentí también amor por Nidia, porque necesitaba amarla, aun sin conocerla.

Y Adriana, que no más anoche creí verte besando ese hombre extraño, en el último puesto del vagón de Transmilenio, después de que sonrieras en la boca de esa mujer que anunciaba algo en un comercial de tv. Para luego recordarte fría y quieta, colgada de esa cuerda, como penden de mí esas ganas de que todo sea una mala pasada de mis amigos. Que no estés muerta. Que yo acepte que caí y todos salgan de sus escondites, burlándose de mí, por ser tan ingenuo. Que esa mujer llevándome el anuncio de tu muerte esté equivocada. Que tu padre padezca un problema senil que le llevó a creer verte muerta. Y que esa carta no sea tuya, que no reconozca yo en ella tu letra y tu desvelo escribiéndola.

¡Qué carajo! Sí es verdad. No estás en esta Bogotá fría y silenciosa. Todo es silencio ahora, ni carros, ni perros, ni soukous, ni tu melodía llevada por las calles. Debe ser que también mi canción está a punto de terminar. Los recuerdos regresarán como un perro al que se ha llevado suficientemente lejos para perderlo, pero, por alguna extraña razón, se las arregla para seguir ahí a nuestros pies, lamiéndolos, fastidiándonos.

Este horrible aspecto de una ciudad húmeda y sin ti me asquea, me desola. Intento pensar que sólo es un decorado temporal, una capa que han puesto ahí adrede, para disuadir al visitante no deseado, para que se sienta como yo ahora, y se marche. Luego recogerán la cubierta y todo volverá a la normalidad. La ciudad volverá a ser agradable y yo me sentiré mejor y ya no tendré deseos de irme, porque todo será otra vez. Adriana también.

Claro que no, mi querida Adriana. El carro de la basura pasa, levanta algunas cosas que la gente había tirado sobre las esquinas: un perro muerto, quizá, los pañales ya usados, los muebles sobre los que ya nadie quiere sentarse, cartas que evidencian el fracaso de un amor. Fragmentos de la vida de ayer, y tal vez también de antes de ayer.

Pero al irse el carro todo sigue: el mismo olor, las mismas calles, las mismas cosas en la cabeza de la gente, yo sin encajar.

VIII

Tal vez haya muchas canciones aún por sonar pero, en cuanto hayas escuchado la que más te gusta ¿para qué esperar? Con esa debe terminar tu noche. Y no hay razón alguna por la que debas escucharla toda, es mejor hasta donde todavía la disfrutas.

¿Recuerdas las veces que te pedí que nos saliéramos de la sala, justo cuando alguna película estaba en lo mejor? Por supuesto que sí lo recuerdas. Debes recordar hace dos semanas, en uno de esas pequeñas salas de cineclub de la Candelaria que solíamos visitar; pasaban Trainspotting. Jamás la volví a ver y me quedé con la visión mágica de Renton nadando entre las aguas del inodoro. Jamás intenté saber cómo terminaba. Tampoco permití que ninguno de tus amigos, ni Erick, ni Félix, ni nadie me la contara.

La tarde que nos conocimos (¿recuerdas?). En cuanto te me acercaste, en el puesto vacío junto a mí, en la radio sonaba una canción. La voz de la chica era triste, casi agónica, y yo me reía porque sonaba como una canción lloricona de amor. Te dejé que hablaras, quería reírme de lo que dirías: los hombres siempre fueron unos tontos tratando de acercarse a mí; siempre decían las mismas estupideces; y tú resultaste diciendo estupideces, pero no eran las mismas. Me sorprendió ver cómo te esforzabas por sacar una cosa nueva, cada vez que hablabas, a pesar de que yo sólo asentía y me reía burlonamente.

“Adriana”, te dije, en una acción que era mitad bajarme, mitad gritártelo. Y me hubiera gustado voltearme y ver tu cara, después que te dijera mi nombre, cuando ya habías pensado que no te lo diría. Adriana. Pero no te dije dónde vivía ni qué hacía ni que trabajaba. Vos llamaste, hiciste tu trabajo y un día cualquiera estabas ahí parado, frente a la salida del sitio donde trabajo. Claro que eso lo habría hecho cualquier estúpido, como te dije, sólo que tú, también lo dije, eres otra clase de estúpido. Así que te permití “acompañarme a tomar el bus”, como dijiste tú, antes de que sonrieras de gusto, sin poder ocultarlo.

Mi bus. A ti te servía “cualquiera”. Lo tomamos, y al subir, aquella canción sonando en la radio que alguien tenía encendida. “Bye, bye, my love”, decía la mujer con su agónica voz. Luego supe lo que contenía el resto: “este verano ha muerto/ y tú bien lo sabes/ si me quedo contigo/ también muere nuestro amor”. Hicimos el recorrido

hasta mi casa y llegamos antes de que la voz dejara de sonar. Desde ese momento se convirtió en mi canción favorita -afortunadamente no la escuché más-. Ahora ese lugar es tuyo, y te escribo, como siempre deseé hacerlo; y lo disfruto, como siempre te disfruté, aunque nunca te lo decía, aunque ha llegado la hora de acabar la canción.

Siempre supe que tendría que escribirte esto, desde la primera vez que me encontraste en el bus, por eso sabía también que debía empezar a escribirte desde ese día; que no te lo diría. Y vos no debes preguntarte nada, nuca lo hiciste, y eso me encantaba. Me encantaba que vinieras a mí con tu risa, con tus ganas de mí y tus viejos crucigramas que resolvías como querías, tal como has vivido hasta ahora. Y debe ser así siempre. Si acaso el siempre existe.

No agotes tu canción, no dejes que te hastíe como una esposa cansona y torpe. El invierno en esta ciudad siempre fue duro, lo decías constantemente, y ahora ha llegado de nuevo, nuevamente sin mí. El verano ha muerto y lo sabes bien.

Bogotá, 2006

OJOS QUE NO VEN

Seis metros de oscuridad es toda la oscuridad del mundo. Si alguien viniera de fuera de este callejón, nada vería. Si se le pidiera que decidiera si la sangre en el suelo es mía o de ese otro tipo, debería declarar un empate.

Sería bueno si dijera algo más o menos así: “Ni tú estás muerto ni él tampoco. Guarda tu arma y tus ganas de venir a solucionar un problema con las pertenencias de este hombre. Olvida que dijiste `Arriba las manos, no se mueva´ -como en esas repetidas películas norteamericanas-. Ve a tu casa e intenta cambiar el día y todo lo malo que ahora te sobrevendrá. Da gracias que todavía no aparece tu nombre en los panfletos amenazantes que han pegado en los postes del barrio”

Tal vez pueda agregar: “Y tú ¿Qué necesidad tienes de eso? ¿De dónde te salen esas ganas de andar por ahí, arrastrando tu cuerpo por los túneles que la oscuridad de la noche pone sobre las calles solitarias? Para ese juego de cacería y la aventura de representar a un justiciero anónimo obsesionado con limpiar el sucio de la calle. Acaso ¿eso llena tu estima? ¿Y tu estómago? Luces pálido”.

Ateniéndose a una cronología precisa, la cosa fue así: primero un *Arriba las manos* y todo eso; luego, un *flash* relampagueando sobre los ojos de aquellos dos tipos (él y yo), pero no era una cámara lo que disparaba. Al final vino la sangre saliendo de un cuerpo y, si los ojos pudieran ver en este callejón, nos habríamos sorprendido buscando un gesto de dolor en ellos, el uno en los ojos del otro, porque esa sangre se dejó sentir en su humedad, deslizándose cuerpo abajo, sin que ninguno de los dos pudiera asegurar *esta es mi sangre, esta la tuya. Este es mi dolor o el tuyo*.

Un cuerpo en el suelo. El hombre sale corriendo hacia la calle ancha, lejos de la oscuridad de nuestro callejón. Me quedo tendido en el suelo, pero no muerto. Me duelen las costillas, y es por el cañón hirviente de mi propia arma, quemándomelas luego del disparo que le hice al tipo. Él no sabe que está herido y que la sangre tras él no lo persigue sino que lo deja. Tal vez está muerto ya y no lo sabe tampoco. Me pregunto si creerá que todavía camina por este callejón.

Cartagena, 2008

AESTÉTICA

Rucutunda, me llamo Rucutunda, me dijo. Desde que la vi me gustó. ¿Y cómo no?: sus ojos extraviados, su nariz de patacón, sus dientes torcidos y amarillentos; esos dos hoyuelos a lado y lado de la cara, que parecen dos puñaladas sobre la carne cruda.

A nuestro alrededor, nubes negras, truenos, una ventisca, varios gatos negros, moscas y todo eso que le presagian a uno cosas buenas.

Me le acerqué mirándola, a sus ojos, que no sé si también me miraban a mí o al vendedor de butifarra que merodeaba esa tarde por el parque, como en espera de ser solicitado. Eso sí, sonrió inmediatamente, sin que le dijera anda, sonríe, y una boca abierta ampliamente me dejó ver los restos de comida aún descomponiéndose en sus molares. Luego, con su voz gangosa, Rucutunda, como si hubiera querido que con esa frase y con su tono fuera yo adivinando cualquiera de sus muchos atributos, como su facilidad para lanzar muy lejos su saliva, detectar las mesas de fritos con sólo su olfato (aun si estaban a gran distancia de ella) o dislocarse el hombro.

Nada de hormigueo y mariposas en el estómago, sólo espasmos, mareo y náuseas, exactamente como pasa cuando uno sabe que terminará por enamorarse.

Hoy hace ya precisamente tres años desde ese día. Al pie de una mesa de frito a la que llegamos guiados por su olfato, y como parte de los presentes que me tenía para esta ocasión, Rucutunda me abraza y limpia sus manos grasosas en mi camisa. La aparto y la miro: sus ojos, su nariz achatada, sus hoyuelos. Me ofrece su boca y siento el olor de la comida en sus muelas; siento algo de náusea y ganas de vomitar. Estoy seguro que debe ser amor, así que la beso, mientras ella me dice que me ama, con su voz en eructos, como para que no me quede duda.

Cartagena, 2003

¿CÓMO LE VA, SEÑOR SCHOPENHAUER?

***Featuring*: Rafael Cantillo**

De todos modos, la voluntad es lo más inhumano del espíritu; y sabrá dios qué demonios es el espíritu y si éste tiene voluntad. Me catalogo como un hombre dulcemente débil. Dulce por cómo recibo las cosas y cómo cambian mis ojos al más leve movimiento de la sangre –la de ustedes, puede ser-. Débil, por lo mismo. La sangre se derrama siempre delante de nosotros, en cualquier tiempo delante de nosotros.

Sería imposible, ya que he hablado de sangre, que mate sin remordimientos y sin construir o perpetuar mi infierno. Eso me hace, también, un hombre condenado y sin muchas preguntas.

Por ejemplo, un ejemplo al azar, desde un tiempo vive en mi cuarto una rata, una rata enorme que daban ganas de matarla. Pensaba constantemente en las ratas y ratones de la televisión, las de pelaje blanco que escapaban de las manos suaves de los niños y que luego eran capturadas por un adulto y encerradas en alguna jaulita, para terminar con una lección que recibía el niño, ya sea por las palabras del adulto o porque éste le sobaba la cabeza al infante.

Los chicos de la tv y las ratas son adorables. Si un niño escapa de las pequeñas patas de una rata y es capturado por un canguro, es probable que el canguro lo encierre en un cuarto con juguetes y que no haya diferencia. Son adorables, las ratas y los niños.

Y la rata y yo convivíamos, un habitante y un invasor pero, al fin y al cabo, dos extraños que deciden soportar el uno la presencia del otro. Ella no se metía conmigo y yo no tenía por qué hacerlo con ella. Hasta que un día, no podría citar ahora la fecha, se comió mi tortuguita…perdón, no les había mencionado que tuviera alguna. Sí, tengo una, mejor dicho, tenía, porque ya he dicho lo que la rata le hizo, y aquí es donde empieza mi molestia. Las tortugas sí que son adorables, todo el que tuvo una, sin duda, conoció la paz y la indiferencia. Un sapo a tu lado siempre se estrellará con tu pierna, un perro te la meará y el gato, con esas

uñas…La tortuga siempre va al lugar más lejano y peor iluminado y nunca será pisada por nadie que vaya a un kilómetro por hora.

Mi tortuga siempre fue muy pequeña y nunca mostró el menor entusiasmo por crecer. Aparecía cada fin de semana y se alimentaba con lechuga, que yo cambiaba rutinariamente todos los días, y un poco de agua que le dejaba en un cenicero. Las ratas no comen lechuga. Pero sí comen tortuga.

En dos semanas mi tortuga no salió. A la rata la veía todos los días, claro, nunca me fijaba en los dientes, sé que son roedores pero lo último que uno logra verle a las ratas son los dientes, en cambio, la cola es lo primero, de hecho, lo único que se les ve es la cola. Lo último y lo primero, para ser más exacto. Había otro problema, mi rata tenía la cola mocha, así que verla era un gran trabajo. Pero eso no fue obstáculo para que, a la tercera semana, decidiera buscar mi tortuga.

Y la encontré debajo de la cama, la divisé en una primera exploración, que consistió en agacharme sobre mis rodillas. Estaba boca abajo y enseguida tuve un mal presentimiento, sin contar que el cuarto adquirió un hedor que ni en sueños sospechaba. Me arrastré debajo de la cama, que era enorme y que heredé del primer matrimonio de mi padre. Me devolví al sentir una picazón en el pecho, miré y caminaban algunas hormigas, otras brillaban aplastadas. Estoy seguro de haber visto también hormigas gordas que masticaban y no tuve valor para arrastrarme otra vez. Me limpié con un trapo y me fui al teléfono.

Aló
Soy yo. Raúl
¿Quién?, inquirió el personaje
Raúl, Raúl
Hola, Raúl
¿Podrías venir a mi casa un momento?
¿Ahora?
Sí, lo más rápido que puedas
¿Para qué? Estoy cocinando
¿Estás cocinando? ¿Qué hora es, por dios?
Las once, los chicos ya casi llegan

Entonces no te preocupes, yo me encargo
¿De qué?
Creo que mi tortuga ha muerto
¿Juliana?
Sí, Juliana
¿Estás seguro?
No, he dicho que creo
Si fuera cierto, sería una pena, los chicos se pondrán muy tristes.
No te preocupes, no les digas nada
Intenté llamar a mi otra vecina, pero contestó el marido, que es amiguísimo mío pero a quien, en estos casos, prefiero no acudir. Colgué y me lo imaginé frío, repitiendo *aló, aló* y mirando luego a su esposa.

Tomé las dos llamadas fallidas como una clara señal de que Juliana estaba realmente muerta y que yo era el tipo más solitario que podía caber en una habitación llena de podredumbre y rata. Crucé la casa, fui al patio y tomé la escoba. De regreso eché un vistazo a la cocina, seguí por el pasillo, tropecé con algo en la pared que al parecer era un retrato de mi hermana. Me detuve, regresé a la cocina (gran cocina), usé el enorme lavaplatos para lavarme la cara y enjuagarme la boca. Siempre hago eso en una situación así: me lavo la cara, me enjuago la boca y no me seco, es una costumbre que tal vez se deriva de mi condición de nunca estar preparado para nada.

(Debo decir, antes de seguir, que uso la cocina para muchas cosas, es muy grande. Es mucho más fácil entrar a la cocina que al baño. También es la parte más fresca de la casa, y la mejor iluminada, debido a la ventana que abarca toda la pared).

Volví al pasillo. En dos o tres trancos, llegué a la puerta de mi cuarto y como en seis pasos, más o menos, hice el medio metro aproximado de la puerta a la cama. Me agaché y arrastré la escoba sin ver debajo, hasta el tacto. Un leve sonido. Está muerta. Me aseguré de engancharla por la cabeza y tiré. Hacía mi trabajo con la cara sudada mirando la ventana de la habitación, las persianas siempre cerradas, luego moví la cabeza a un lado y me miré en el espejo, que es tan pequeño que siempre olvido que está allí pero cuyo descubrimiento, esta vez, me hizo decirme a

mí mismo, si lo piensas bien, es sumamente extraño: tú eres Raúl, estás sin camisa, tienes unas ronchas en el pecho y pareces una maldita oveja peluda. Me respondí que ningún espacio para el glamur había hoy. Era mi tortuga, su abandonado cadáver, lo que estaba al otro extremo de la escoba.

Tiré lo suficiente para poner a Juliana a mis pies. Chocó con el cenicero y la hoja de lechuga. Estaba bocarriba, me atreví a mirar. Bocarriba con un hueco en el centro del pecho. Naturalmente estaba muerta (¿acaso tenían alguna esperanza?). Parecía tan sólo una totumita que almacenaba el vómito negro de un enfermo, algo pastoso y hediondo. Con mi esposa haré lo mismo, una bolsa, dos lágrimas y a la basura.

Volviendo a mi rata, estoy seguro que presenció ese momento. Sé que vigilaba mi angustia antes de encontrar a Juliana; doy por hecho que vio el dolor de un hombre agachado con la cabeza bajo la cama, en procura de una pequeña totuma que antes fuera su tortuga. También tengo por cierto que ella sabía que iba a morir. Ahora era nuestro secreto. Sólo yo sabía de ella y de mí se escondió lo que más pudo, aunque no la busqué nunca. Estaba listo a esperar por días.

Días después…

Mientras dormía, mamá tocó la puerta de mi cuarto.

Te buscan, Raúl, creo que es una chica.

Estaba muerto. Me molestaba mucho una sorpresa de este tipo, no hay tiempo de nada. Ya estaba bañado, pero ¿y el bronceo? ¿Y mi sangre? Me puse una camiseta, unos pantalones sucios y me fui a la cocina. Me pasé la mano mojada por la cabeza, la cara, me enjuagué la boca, miré al frente. Tras la ventana era un día brillante y, como aderezo, unos techos desiguales. El barrio exponía todo el esplendor de su desnivel de escalones entre casas, y parecía que a ellas también alguien les hubiera pasado la mano mojada sobre los techos para recibir a esta chica que llegaba a visitarnos. Si así fue, debió ser del mar de donde sacaran el agua, porque su brillo allá en el fondo se me pareció al de los tejados.

Mamá se metió su cuarto y no la volvía ver más. Esa era su costumbre: meter a las personas sin preguntar nada y luego poner su culpa lo más lejos posible de mi disgusto. Aparte de eso, mamá tenía muy buenas costumbres, pero la ceguera la disminuyó a muy pocas palabras y, por supuesto, a muy pocos actos, por lo que señalar a los visitantes el lugar donde podían sentarse, mirar algo a través de sus anteojos, avisar de la visita y luego perderse, era ya todo un sacrificio para ella. Así que decidí dejársela pasar una vez más.

De todos modos todo fue en vano. No creo que la voluntad haya tenido nunca, a lo largo de toda la historia humana, tanta oportunidad de fracaso. Para mí es perfectamente natural el no querer hablar con esta chica que me espera sentada en la mecedora. No me gusta perder el tiempo, y eso es lo que sentía que pasaría cuando ella me explicó que venía a devolverme mi gorra, sin confesar que lo que realmente traía de vuelta era la oportunidad de terminar un asunto que dejamos inconcluso, Eso me molestó aun más y por si acaso la besé después de que me entregara la gorra. Es verdad que no me gusta perder el tiempo.

En cambio ella, parecía animarse y me rozó las nalgas con sus manos, no tan inocentemente como era lo recetado para alguien en plena devolución de un objeto prestado. Me fui hasta mi cuarto y ella comprendió que debía seguirme, y así lo hizo, hasta llegar a la cama.

Apagué la luz pues (Ya he dicho que es muy importante el bronceado). Cuando me acomodaba para quitarme la camiseta, vi unos pequeños ojos brillando en la oscuridad. Sé que es la rata que se ha vuelto a asomar y me mira, quien sabe en espera de qué. No sé si la voluntad podrá salvarla esta vez, o si eso es lo que pasará con esta chica que debajo de mí solicita mi cuerpo impúdicamente.

Cartagena, 2007

UN IMPERFECTO RECONOCIDO

Hacen falta cojones para pedir. Hace falta el arrojo de un asaltante de bancos. Estás a merced de quien pides: pones tu cuello y no sabes si tu cabeza será cortada, si vendrá la burla o una humillante concesión de lo que has implorado. Con suerte, alguien saca de su bolsillo unas monedas – si es dinero lo que pides-, te mira como si no fuera a ti a quien da y se va, sin mencionar siquiera un *hoy por ti, mañana por mí,* ni un *vaya con dios*; sin mirar a su alrededor como en busca de la cámara que capte su buena obra. Sólo son su dinero, él y tú.

Quien me escuche ahora estaría en riesgo de pensar que todo esto es una idea que hace tiempo traigo madura en mi cabeza. Pero no. No venía pensando yo en nada de esta basura. No es siquiera un pensamiento que se me haya asomado esta mañana entre lagañas y mal aliento; todo lo que tenía en la cabeza al levantarme es esta situación casi hedionda de necesitar un computador en que terminar algunos textos que me han pedido escribir y ganarme unos pesos con que hacerle guerra al hambre de estos últimos días.

La cosa se me ha venido después de salir de casa, apresurado a encontrarme con aquel tipo, para acordar el precio de no sé qué trabajo. Tres buses. Tomar el más lleno es mi truco para pagar menos sin llamar mucho la atención o que, habiendo un nudo de gente en la entrada, pase desapercibido y colarme sin pagar. Y el nudo fue decisivo.

Este bus trae la radio encendida (y sepa quien me escuche que esto es lo normal en esta ciudad mía) pero a nadie parece molestarle. Entonces tampoco tiene por qué molestarles la escandalosamente detestable voz que anima el programa que a esa hora suena en el aparato. Por el contrario, hay complacencia en sus rostros, no en el mío, a pesar de lo cual mi conciencia me insinúa que soportarlo tal vez sea el más justo castigo por subir sin pagar. Así que callo y observo; me convierto en el coordinador visual de las subidas y bajadas de los pasajeros, en el enemigo secreto que está ahí para censurar sus odiosos ritos de bus.

Con todo el volumen que el chofer le había puesto al aparato de sonido, hablaba un tipo conocido como *El Mesías*, no importa ahora el por qué de ese apodo, importa sí decir que su programa era una especie de tribuna radial, en la que este hombre, regordete y de un hablar que me parece tosco, excitaba a los escuchas, denunciando lo que nadie se atrevía y ayudando a las personas que lo necesitaban, personas que exponían sus apuros económicos al aire y mendigaban, mientras más de la mitad de la ciudad seguía el programa.

Al aire, un necesitado más, y este necesitado que les cuenta la historia escuchaba atento que aquel otro necesitado era un indígena que quería progresar. Se había venido acá, a la ciudad, para estudiar en una universidad, por lo que, aseguraba *El Mesías*, mal haría quien escuchando su necesidad –la del indígena- y pudiera darle ayuda, se abstuviera de dársela. Y su necesidad, cosa sencilla era: un computador con que realizar sus trabajos y mantenerse en contacto con el mundo, que estos tiempos lo exigen. En verdad, aquel necesitado tenía la firme intención de progresar.

Más de cincuenta necesitados apretujados en el bus celebraban y comentaban el éxito de aquella campaña (y uso la palabra *campaña*, recordando el sentido de gesta guerrera que alguna vez tuvo), que se dio antes de que el bus recogiera trece personas más y otras siete se bajaran, no con un computador sino con dos y algunas otras cosas que personas de buen corazón y excelente bolsillo habían decidido dar al mendigo.

Después de eso, un malestar me sobrevino. No es que tuviera problemas con el desenlace de la campaña en la radio, para nada. Necesitados eran todos los que iban en ese momento en el bus (incluyan aquí al narrador de la historia), más el chico que pedía por la radio. Y, de todos nosotros, al menos él se atrevió y obtenía lo suyo a cambio. Nosotros éramos unos perfectos desconocidos, de ese chico no podía decir lo mismo, más bien era, desde ahora, un imperfecto reconocido.

Y yo ¿era un desconocido? Sí y mil veces sí, hasta la seguridad de esa afirmación. Voy en este bus hecho una sola pasta con esta gente que maldice y bromea con la demora de este bus que no llega de una puta vez a cada uno de sus destinos. Voy

en este bus revuelto con esta gente que odio pero que soy yo mismo. Soy tan anónimo como ellos.

Ahora bien, lo que sigue sí es resaltable. Un hombre joven y sano; nada de harapos ni mal olores; nada de voz lastimera ni historia conmovedora. Tampoco un AK47. Ha subido en el momento en que el rojo del semáforo aparece al frente; sencillamente tiene hambre, dice. Que no tiene dinero ni trabajo y que lo más probable es que siga siendo así, por lo menos hasta el final del día (No me pueden negar que es optimista el tipo: *al final del día*). Ya ha dicho lo que tenía que decir cuando aquel chofer dejó que la luz verde se diluyera en el semáforo. No estira su mano aún, pero está ya indefenso, a merced de los pasajeros y su generosidad. Que vengan las balas confiadas, este hombre no los mira a los ojos siquiera, sólo espera algún movimiento tras el que se revelen las monedas.

Daría todas las riquezas que tuviera a este hombre, si las tuviera. Daría al menos las monedas que él esperaba de los pasajeros y que no salieron de los bolsillos, atascadas como las miradas suaves en sus ojos y las sonrisas en sus mandíbulas. Toco mi bolsillo derecho como he aprendido a hacerlo conviviendo con estas gentes, sabiendo de antemano que sólo palparé una moneda de cincuenta pesos. Se los daría pero temo ofenderlo, por eso tampoco lo miro sino que dejo mi mirada en el número que en el vidrio anuncia el precio del pasaje; si tan sólo contara con esa cantidad, ya la habría recibido el hombre. No es así. Sigo mirando al frente, como todos los otros pasajeros, sin mirarlo a él. Así está mejor. No temo por él ni por su dignidad que sigue intacta. Se bajará y esperará a que la casualidad le regale otra luz roja con un bus al que le sea permitido subir para volver a intentarlo.

El hombre ya no está en el bus, ha bajado. Tras él, mi mente, que dejaba a un lado el espectáculo sobre ruedas y se permitía un poco de recuerdo. Este hombre en pie de lucha me es similar y me ha recordado a otro que hace varios días tropecé a la salida del supermercado. O más bien él me tropezó a mí. Se acercó por mi izquierda, sin que lo viera. Este que habla llegó a realmente a sentir pavor. Era el miedo de ser herido, de que esa figura barbada, sucia y de cicatriz con jurisdicción desde la sien hasta la comisura de sus labios, dejara salir conmigo la peligrosidad que su apariencia anunciaba.

Ya mi miedo me preparaba para las palabras “¡Quieto! Deme todo lo que tenga”. No. Esas palabras deben venirme de alguna película. Aquí, en mi linda tierra (noten que estas dos últimas palabras no tienen comillas ni características que hagan de esta una frase de dudosa semántica), diría el asaltante “Pilas, mi vale, no haga na´, dame la plata (también es posible que remate con algo así como “cáigase con la plata y callao, o te rallo el cuero”). Era lo que yo esperaba. Pero aquel sucio, aquellas barbas y esa cicatriz tenían ojos, y quien los viera diría: este tipo es de cuidado, mira que robar los ojos de un indefenso. Indefenso y triste.

Pero si usted los miraba con cuidado se daba cuenta enseguida que esos ojos sí eran de aquel hombre. Lo que tal vez no era suyo era aquel cuerpo acabado, aquellas fachas, la sucia barba y la cicatriz, que bien podían ser consecuencia de su paso por la cárcel, que de allá venía, recién salido como estaba, amigo, y le voy a pedir un favor, amigo, que no es obligación, na´ más escúcheme y, si puede ayudarme –si puede-, amigo, una moneda, lo que quiera, y usted sabe, el hambre, y luego cómo llego a la casa, que está lejos pero el hambre está aquí cerca, adentro.

Y me muestra su muñeca, por si el discurso no me convence, dos sellos que al salir le han puesto. No un tatuaje como los que se acostumbra en prisión: YO AMO A MARÍA, DIOS ES MI GUÍA, o el dragón, la mujer esbelta o los nombres de los hijos. En vez de eso, el nombre del hueco al que estuvo confinado y también, cómo podrían faltar, las insignias (muy conocidas por todos ustedes) de la sagrada república que lo envió allá.

Y el hombre se ha acercado a mí, con su marca de la vergüenza, me pide algo de dinero, no ha comido, dice, y sus ojos me dan fe de ello. Algún dinero me sobraba ese día, a mí que soy otro necesitado, suficiente para que coma algo y vaya en bus hasta su casa, se lo entrego, todavía mirando su cicatriz, que ya no se muestra intimidante, por el contrario, transmite algo del dolor sufrido por la herida.

Me engañaron. Me he engañado yo también: estos hombres de cicatriz y sellos en las muñecas no son tan peligrosos después de todo y su anunciado peligro no fue más que una alegría reflejada en sus ojos tranquilos y confiables, al recibir el dinero. Sus ojos tranquilos, confiables y alegres.

Si es por recobrar su libertad, qué iluso. Y mi dinero era tan poco que sólo le alcanzaría para esa noche. Pero vaya uno a saber de qué estado de necesidad venía. Mejor dicho, sí lo sé ahora, cuando mi dinero se ha agotado y siento la ausencia de lo que di a aquel hombre; cuando me preparo para recibir cualquier cosa que el hombre con quien quedé de verme considere correcto.

En este mundo por fuera de aquel recuerdo, el bus frena secamente y yo, aprovechando que estoy cerca de mi destino, me bajo. Al intentar cruzar por un puente peatonal, un hombre me impide el paso con una de sus manos. Soy ciego. Una limosnita, me dice, extendiendo la misma mano con que me detuviera antes. Ustedes saben que no tengo dinero pero no fue eso lo que respondí. Estoy arrinconado con el ataque del hombre, la palma de la mano está aún suspendida ofendiendo mis ojos extraviados.

Pienso en el hombre del bus, pensé mucho, pero ¿cuánto tiempo ha transcurrido? No creo que más de dos segundos. También quiero mi dignidad intacta. El ciego espera por las monedas, en vez de eso le contesto “y yo soy impotente”. La mano que se extendiera decidida va cediendo, aflojándose y retrayéndose hasta dejarme de nuevo en mi camino.

Es posible que le hubiera asombrado mucho ver la expresión de sus propios ojos cuando dije aquello.

Por supuesto que mentía, no soy impotente, pero estarán de acuerdo conmigo cuando digo que esa sería una razón más digna de lástima que la misma ceguera. No obstante, es algo que el mendicante no quisiera exponer como argumento para recibir dinero. Por ahora, mantengan algunas monedas reservadas, por si acaso.

Sigo adelante. Sigo acordándome del hombre en el bus y comparo. He visto llover monedas al final de un número musical ejecutado por un niño en la calle; he visto también la caridad concedida en dinero y alimentos para un anciano, una mujer embarazada o un damnificado ¿Y qué me dicen de la generosidad hacia los enfermos terminales?

Volveré más tarde y los ojos del ciego, más serenos, reflejarán la cantidad de monedas en su latica de conservas. Sus bolsillos se irán contentos. Me doy cuenta que el hombre del bus y el de la cicatriz afuera del supermercado tienen, ambos, desventaja frente a este tipo que antes me sujetara, también la tienen con el indígena del que les he contado. Concluyan, por lo tanto, si yo mismo no estoy en desventaja.

Estoy repentinamente pensando en llamar a aquel programa. El número me ha quedado grabado en la memoria, como una opción que se va haciendo gigante y ahora retumba ante mi desesperación, no porque el caso del chico me haya envalentonado, sino porque he llegado tarde a mi cita y temo que el hombre ya se haya ido. O peor, que haya encontrado un mendigo con más urgencias que yo, logrando un mejor precio para el trabajo que requiere.

Esperaré media hora sin ilusionarme demasiado.

Una ola de personas que va camino a sus trabajos pasa por delante de ese hombre que espera sentado en la entrada del banco. Algunos voltean a mirarlo con curiosidad, como si encima pudieran ver el globo de sus pensamientos, inflándose ante la idea que le va naciendo de robar el banco.

Si tan sólo tuviera un arma conmigo, me digo, y me doy cuenta que tal vez ya esté preparado para pedir. Otras personas pasan enfrente y todavía algunos de ellos me miran con curiosidad. Yo toco de nuevo la moneda de cincuenta pesos en mi bolsillo.

Cartagena, 2009

UN BREVE VUELO DE REGRESO

Hazme un camino de vuelta a casa
cuando aprenda a volar

Learn to fly - Foo Fighters

Ahora el hombre está pensando que, mientras Ella llegaba, debía buscar qué hacer, para no partirse los sesos en su espera. Paseando su vista inquietamente por toda la habitación, no se decidía por algo de una vez por todas: ver la tele, leer los suplementos que, semana tras semana, amontonaba para leerlos cuando necesitara gastar algo de su tiempo. Hoy había decidido que tampoco los leería. Miró su rojo reloj de pulso pero, en el espacio donde debía estar la hora, tan sólo encontró la frase “ES TARDE”, entonces recordó que esa era una broma que había preparado para los demás, cuando alguien preguntara *qué hora es,* pero, con la soledad que él mismo se había impuesto los últimos días, nadie había caído.

Estaba entonces el viejo reloj de la sala: ese sí debía funcionar aún. Se le fueron diez minutos. Cuando lo comprobó se sintió muy complacido: no sería tan larga la espera, después de todo, y escuchar música la haría más corta aún, sin duda. *Rolling Stones, Foo Fighters, Jim Blossoms, Lynyrd Skynyrd, Oasis, Soda*, qué más daba, si nunca había podido decidir cuál era su favorito. “Anywhere you go, i´ll follow you down…” el fuerte y repentino ripiqueteo del timbre lo bajó de la tarima que en su mente improvisaba en ese instante. El concierto quedaba suspendido de momento.

Su corazón empezó a latir con fuerza, sus pensamientos no eran claros ¿Será Ella? ¿Por qué se había adelantado? ¿Qué iba a hacer ahora (la vería llegar sólo hasta dentro de tres horas: el viejo reloj se lo confirmó)? Y ¿Si no era Ella? ¿Debía abrir? ¿Cómo habrán quedado los partidos de hoy? ¿Porqué mierda pensó eso? El timbre continuaba sonando, la puerta seguía sin ser abierta y los pensamientos en su cabeza continuaban siendo un nudo al que él estaba atado. Por eso seguía inmóvil. “Tatiana, nojoda ¿No vas a abrir? Se dio cuenta entonces que todo estaba pasando en el apartamento de al lado. Se dio cuenta también que estaba tenso,

que, contrario a lo que pensaba, las esperas lo seguían descontrolando, mucho más esta, tan definitiva. Pero no importaba, sería la última vez que esperaba.

“I don´t wanna take advices from fools...” De regreso a su concierto particular. Bailar. Gritar. Tocar la batería (dañar las ollas). Mirar por la ventana la tarde obstinada que se negaba a irse, que se iba como a pedazos, pausados trozos que para nada daban paso a la noche que él tanto anhelaba. Las seis en punto. Cambiar de C.D. Agitarse al ritmo de la música, camino a la nevera. Tomar agua y luego seguir pensando en Ella. ¿Cómo reaccionaría él con su llegada? ¿Sería, realmente, a las ocho en punto? Siempre había oído decir que Ella no hacía esperar a nadie. Así que sería según lo planeado, ni un minuto después. Tampoco podría esperar que llegara antes.

A esta altura de la tarde, la música ya empezaba a escucharse un poco más fuerte, y aunque le subió un poco más, él la sentía como si fuera en otro apartamento, en otra cuadra, en otra dimensión.

“Hey, parcero, no sea tan hijueputa. Bájele a ese puto equipo”. Reconoció de inmediato la voz pero…pensó que venía de la misma dimensión hacia donde hacían ya varios minutos se había ido la música. Dejó que su impaciencia continuara tratando de imaginarse el momento cuando, llegada la hora, Ella estuviera allí con él. Sin duda, la ganancia sería estar tranquilo.

Tres fuertes golpes a la puerta y un “no seas gonorrea” le trajeron de vuelta la música y lo convencieron que debía apagar el equipo. Decidió que debía salir y enfrentarse al entrometido, golpearlo y cobrarle de una vez por todas las veces que abusó de él. Desbocaría toda esa ira represada por tanto tiempo, tenía mucho que ganar, desde donde lo mirara y una paliza u otra fractura de tabique sólo vendrían a engrosar su historial de peleas perdidas.

Se contuvo. Si toda su vida había sido un pendejo, no veía razón alguna para dejar de serlo justo al final. Así que apagó el equipo cuando *I said, baby, you´re gonna be the one that saves me.* Lástima! Esa es una gran frase. Yo debí haberla escrito, se dijo, como si hablara con alguien más; y todavía con el dedo pegado al botón de encendido, volvió a recluirse en sus pensamientos.

Pensativo, con su vista en el vació, intentó poner la mente en blanco para evitar recordar. Sabía que no era un buen momento para pensar en el futuro pero no por eso pensaba torturarse con el pasado. Ya no.

Mas, ¿quién puede mantener su memoria en estado de impermeabilidad, cuando de recuerdos se trata? Primero fueron sus sentimientos de culpa por algunas cosas inconclusas (una virginidad no arrebatada, un viaje no realizado, la lección que nunca dio al bravucón de la cuadra, a los bravucones de su vida). Luego fueron los miedos, los rencores, las burlas; todos ellos, evocados con sus respectivas imágenes, que atestaban su mente y que se venían a acomodar en algún lugar del apartamento, cuando no hallaban sitio suficiente en su memoria. A decir verdad, eran todos recuerdos ya muy lejanos que le parecía, por ratos, estar evocándolos a medias y mezclarse en una sola historia incoherente. Sí, eran recuerdos muy lejanos. Los abandonó bruscamente, regañándose porque esas vainas siempre se me vienen a la cabeza.

Después, pasear la vista por sobre los cuadros, una y otra vez; sobre los diplomas (de los cuales ninguno era de él), una y otra vez; los muñecos, la tele. Allí se detuvo. Quizá ver un poco de esa porquería me calme. Luego, pensarlo dos veces porque a las siete sólo presentan noticieros y ahí no más pasan muertos y muertos y ahora no quiero reír. Suena el teléfono. Como si fuera un robot programado sólo para eso, se levantó de la silla y con total indiferencia contestó, dando la impresión de que no esperaba que alguien hablara. Y sí habló:

- Alo?...aló?...
- Sí?
- Ey, llave. Hágame el favor, con Adriana.

Momentáneamente dudó entre llamar a Adriana o quedarse así, pegado a esa bocina todo el tiempo que le restaba a su espera. Finalmente, el regreso de su razón le hizo caer en cuenta que ahí no vivía ninguna Adriana, ni nadie más. Eran sólo sus cuadros, sus discos, su desorden y él. Luego no sería nadie, cuando ella llegara. Colgó el teléfono sin contestar nada, con la misma automática actitud con la que se levantó a contestarlo.

Siete y quince. Esta vez se lo anunciaba la emisora que sonaba a gran volumen, en el equipo de audio del carro estacionado en la acera de enfrente. Qué rápido se va el tiempo cuando uno se sume en sus pensamientos, se dijo en voz alta, para asegurarse que se había escuchado –"Qué rápido se va".

Decidió que esos cuarenta minutos que faltaban los iba a dejar pasar ahí, sentado en su viejo sofá rojo. Seguiría mirando los objetos colgados en las paredes a su alrededor, sólo que esta vez invertiría el orden o trataría de combinar: dedicaría una mirada a algún cuadro y otra a una de las tantas estrellas que a través de la ventana parecían acecharlo desde el cielo. Entonces notó que, irremediablemente, cada parte, cada objeto en ese apartamento lo devolverían al pasado, sobre todo a esa parte de su pasado que hasta ese instante no se había atrevido a recordar, y que estaba representado en la foto que colgaba detrás de él, en la pared.

En ella se le veía rodeado de sus amigos de infancia, sus amigos del barrio, los eternamente ausentes. Allí estaban Ramiro, el tímido (maricón era como en realidad le llamaban él y sus amigos) y que al final logró ser profesor, como siempre lo había soñado; enrique, bromista, buscapleitos, campeón nacional de natación y luego policía; Randy, futbolista frustrado, músico frustrado, apostador consumado, ahora, gerente en una importante empresa; Julio, Angelo, Luis, Toto. Todos en fin, con un enorme esfuerzo, lograron alcanzar grandes cosas; y él ¿Qué había logrado él? Era sólo un mediocre pero, eso sí, sin el menor esfuerzo, sin la ayuda de nadie, se dijo mentalmente, en una cruel broma que, sin embargo, lo hizo sonreír.

…….

A la ocho menos cinco, todo era silencio y quietud; e intranquilidad. Ya faltaba poco. Al llegar Ella, por fin podría descansar de su ansiedad. Caminó con lentitud hacia el balcón. En el camino se dio cuenta que en la pequeña mesa metálica estaba la botella de ron que destinara para ese día y de la que no se había acordado hasta ese momento. Se detuvo sólo un instante, la tomó con una mano y siguió. Abrió la ventana, cerró los ojos para sentir en su rostro, por última vez, esa brisa que tantas veces disfrutó en compañía de su amante de turno o, cuando en completa soledad, recordaba la última de ellas. Abrió nuevamente los ojos y miró

hacia el frente, extrañamente más allá de su reducido entorno de abstracción. En la casa de enfrente, sobre el tejado, un hombre parecía estar mirándolo detenidamente, como gozando con la intuición de su espera, miraba y hablaba como para alguien que, muy seguramente no estaba allí. Sin duda, pronto le daría más placer contemplar su vuelo.

Se concentró de nuevo en sí. Miró su reloj de pulso (esta vez con menos ansiedad), y nuevamente ES TARDE, se sonrió con tristeza y fijó su vista en un punto cualquiera de la ciudad que, allá abajo, parecía un enorme vacío, el enorme vacío del que él también siempre había hecho parte, pensó.

Dos minutos después estaba todavía allí, con su vista fija en ningún lugar. Destapó la botella y, llevándola a su boca, demoró varios segundos en tomar un largo trago que le hizo entonar una canción “Looking for someone who helps me when i pray…” Se aferró con fuerza a la baranda del balcón y subió los pies en un tubo horizontal de ella. “Make my way back home when and I learn to fly…” Las ocho en punto.

Medellín, 1995

LA MUERTE DE WILMAR NEGRETE

Y cómo cumplir este oficio de difunto

ERICK PALOMO

El día que Wilmar Negrete murió, su esposa no se encontraba en casa; había salido temprano, a una de esas promociones de almacén, a toda prisa, con el malhumor de ir tarde pintado en la cara. Tampoco estaba su hija, en la plenitud de sus trece años, atareada por las obligaciones de la escuela, los juegos de kickball, las visitas a las vitrinas y las salidas con sus amigos. Y si, en la urgencia del malestar, pensó solicitar la ayuda de María, de repente recordó que hoy era el día libre que habían pactado con ella, cuando la contrataron. De modo que estaba solo y debía ir hasta la clínica por sus propios medios. Habría llamado un taxi, pero la experiencia le había dicho que, al tratarse de una urgencia, lo mejor era tomarlo en la esquina.

Ya en el consultorio, el doctor Haydar sacó sus aparatos de revisión. Pulso, lengua, linterna en los ojos, estetoscopio y libreta con que anotó unas palabras que aparentaban ser graves, no por lo que se pudiera leer en ellas –ya que no podría leerlas desde donde estaba, ni más faltaba-, sino por la demencial manera en que las escribía. Miró el reloj en su mano derecha y anotó de nuevo. Ante esto último, Wilmar Negrete, que sólo abrió su boca en recepción, para explicar su malestar, volvió a hablar:

¿Entonces, doctor?

- Usted está muerto, señor Negrete.

Wilmar Negrete iba a pedir al doctor que le explicara mejor o que considerara la posibilidad de que aquello fuera un error. Se dijo que saldría de allí directo hasta otro médico, pediría una segunda opinión.

Nada de eso hizo y calló; la razón era sencilla: ya lo sabía, lo presentía, pero iba a donde aquel hombre por una esperanza, no por una confirmación y fue esto último lo que recibió. Se paró despacio de la silla, mirando al doctor, quien, a su vez también lo miraba pero de una forma en que pareciera no percibir su cuerpo frente

a él. Dio la vuelta y salió de la habitación tan espectralmente como había llegado y pagó en recepción –su tarjeta seguía viva-. Abandonó el edificio y tomó un taxi. Durante el recorrido, no paraba de mirar el camino de vuelta, más bien, a la gente que circulaba por él, pensaba que esos mismos lugares los recorría muy a menudo y que nunca se había tomado la molestia de fijarse en nadie, aunque siempre esa vía estaba atestada de gente. O quizá era porque muchas de aquellas personas que se tropezaba ya estaban muertos, como él ahora.

Pensaba que, ahora mismo, tal vez, irían camino a casa, decidiendo la manera más afortunada en la manera en que ellos se lo habrían contado a sus familiares; se imaginó varios escenarios en que algunos de ellos se desenvolvían, como parte de la formalización de su nueva condición: sucesiones, pensiones, despedidas, excusas, perdones, todos aquellos oficios de difunto de los que, sin embargo, ningún difunto estaba interesado en ocuparse.

Wilmar Negrete se tomó bastante tiempo del recorrido en el taxi pensando en todo aquello, lo hizo tratando de establecer un camino que le condujera más fácilmente hacia el cómo él mismo iba a contarlo en casa y se cómo encargaría de todo. Terrible situación, se dijo, hablando sin darse cuenta, y el taxista le respondió, dándole la razón: “Estos trancones cada vez están peor”. Terrible, Wilmar, se dijo otra vez –ahora sí, para sus adentros-. Y luego un brote de optimismo, como para llenarse de valor: “Al menos, esta noche, cuando mi esposa me pida que le haga el amor, me negaré, diciendo, como algunas veces, “Hoy no, querida, estoy muerto”, y ella lo entenderá.

- Llegamos, señor.

¿Ya? ¿Tan rápido?

- Ya ve usted. Meternos por los atajos fue lo correcto.

¿Cuánto es? –dijo Wilmar, absteniéndose de contestar que no había mejor manera de tomar atajos que internarse en los pensamientos.

- Lo justo, señor, no nos hagamos los vivos, ni yo cobraré más de lo debido, ni usted pagará menos.

Entiendo. Aquí tiene.

Ya en la sala de su casa, lo esperaba su esposa, quien no tardó en preguntarle por su ausencia, tampoco Wilmar dudó en contárselo. La mujer, entre sollozos de dolor, le pidió una explicación ¿cómo es eso de morirse ahora? ¿Es que solo pensaba en él? En verdad, Wilmar escogía un momento muy malo para morir, justo tres días antes de la visita de los Pineda, unos amigos que regresaban del extranjero y a dos semanas del cumpleaños de la niña. La mujer quiso que Wilmar se preguntara qué pensaría su hija, al saber que su padre había muerto, cómo se lo explicaría, y el hombre en lo único que pensó es que más útil sería saber cómo decirle que no era su culpa. Se decía a sí mismo que, tal vez el problema es del verbo, que implica que la persona muerta realiza la acción a voluntad; en ese caso, su esposa podría decirle “Hija, la muerte se ha llevado a papi”.

Opinó entonces, creyendo que con su argumento terminaba el desconsuelo de la mujer, pero ésta contestó que no era tan sencillo y que ese no era el mayor problema. Ahora Wilmar la miró a los ojos, preguntando en silencio cuál, entonces, era el problema más grande que tenían, aunque ella, con sus ojos nublados de lágrimas, no atinaba ni a dirigir su rostro hacia él.

- No habrás llamado ya a la oficina para informar que estás muerto ¿o sí?

Wilmar no veía inconveniente en ello, tarde o temprano se enterarían, pero fue esto lo que contestó: “No, no he llamado”.

- Menos mal. Terminarían por despedirte, y lo menos que necesitamos es que se reduzcan las entradas de dinero, ya sabes....

Sé a qué te refieres. Pero no te preocupes, estoy seguro que no me despedirían.

- ¿Por qué estás tan seguro? ¿es que acaso sabes algo que resulta provechoso para ti y desventajoso para ellos?

No, de lo que estoy seguro es que les soy más útil ahora, muerto. Incluso, sospecho que aquellos que aún continuamos empleados lo estamos precisamente por eso. En la oficina, todos estamos muertos, querida.

Ante este argumento, la mujer se tranquilizó un poco; las lágrimas disminuyeron su caudal. “Discúlpame, estoy muy alterada”. Wilmar Negrete, la miró y se dio cuenta, por primera vez, que ya se hacía vieja, él mismo lo estaba también, lo aceptó desde aquella vez que lo declararan sus amigos, en coro y al final del canto por su cumpleaños 45. Había sido difícil, pero más difícil aun es que, ahora, tal eminencia como el doctor Haydar le dijera con ese aire de gravedad en sus palabras “Usted está muerto, señor Negrete”. Aunque…bueno, tiene sentido, se dijo, si ya se está viejo, es lógico que lo que siga sea la muerte, así que no hay por qué llorar, ya el doctor lo dijo, estoy muerto. Así ha de ser.

Pensando en esto, se durmió en su sofá. Durmió durante varias horas sin perturbación y sin escandalizarse cuando, al abrir los ojos, notó el tiempo que el reloj le había marcado, se dijo que era normal dormir tanto, que así lo hacen los muertos y que muy bueno era ir tomando práctica de cómo debía ir haciéndolo, de ahora en adelante.

Y algo que también hacen los muertos es yacer bajo tierra, no por gusto sino por mandato de la ley, y como ley debía cumplirla pero, con todo esto de encontrarse muerto, se le había olvidado el detalle de la funeraria, bien sabía lo desagradable que para aquella mujer eran tales cosas y que, por eso, era también un asunto del que debía ocuparse él. O ¿es que acaso lo mejor sería callarlo? Tal vez. Se quedaría unos días en casa, hasta que las dos mujeres pudieran manejar la situación delante de los vecinos y familiares. Mientras tanto, el podría ir buscando opciones en los portafolios que había disponibles en la red. De lo que sí estaba seguro era de querer un ritual sobrio, nada de pompa. Tampoco esperaba que se hiciera gran ruido de lágrimas y gritos, o que los dolientes lo miraran lastimeramente, mientras yacía acomodado en su ataúd. Eso sí, quería mucha comida y suficiente café, del que, por nada del mundo, se perdería.

Wilmar Negrete se va sintiendo más cómodo con la situación. Ya iría arreglando todo: hacerle el amor a su esposa, en noches que sus ganas revivieran y a ella no le doliera la cabeza; asistiría a las reuniones de la escuela de la niña, haría unas horas extras en la oficina, de paso, entrenaría a la persona que allí llegaría en su lugar.

Por supuesto que se dio cuenta también que había otras cosas en las que pensar, a esas les daría el tiempo y la calma que fuera necesario. A pesar de que la lógica que alguna vez aceptó como cierta le dictara a gritos que ya era demasiado tarde, Wilmar Negrete no es ningún tonto, y no piensa serlo ahora; se da cuenta cuán cierto es aquello de que los moribundos buscan hacer todo lo que dejaron inconcluso en la plenitud de su vida.

Y aun así, las haría. Si él no se disponía, sus cosas podrían quedar en un papel, anotadas como señal de lo que está pendiente aún. Y no era así, nada estaría escrito; no es cosa de ir anotando en un papel los planes que se tienen en el mañana, cuando el mañana mismo no ha hecho anotaciones que nos adviertan cómo, más o menos, irán dándose las cosas. O tal vez los afiches y otros objetos que amontonó en su closet sean precisamente eso, anotaciones de sus sueños: las imágenes del carnaval de Río y de las playas de Ipanema, una composición fotográfica de la torre Eiffel, con el Sena como fondo, una camiseta con el nombre de una cerveza irlandesa inscrito, la copia de un tiquete para un concierto de una banda en Frankfurt, unas aletas de buceo y un dibujo del niño que fue, montando un avión que más bien parecía una nave espacial.

El sonido intruso del teléfono le hizo apartar su vista de la hoja que sostenía en la mano. Inmediatamente, sintió los pasos presurosos de su esposa, acudiendo a contestarlo ¿más malas noticias? Los comentarios risueños de la mujer le hicieron desistir de esa suposición. Ahora cuelga y lo llama de un grito. Wilmar Negrete mira de nuevo el afiche, y el niño de la hoja aún sonríe montado en su nave.

Cartagena, 2012

ORIGAMI

I

IMÁGENES DE LA TATA

Una señora regresa a su casa, maldice la hora en que se dejó coger de la noche pues, la cosa está peligrosa. Venía en eso, apresurada, cuando de una esquina adelante, justo ahora que ya está en la calle que da directo a su casa, salen dos tipos; más bien dos tipitos: flacos, desgarbados y como pelaítos, pero nunca se sabe. Su miedo debió haber crecido mucho más al ir acercándose y percatarse de su mal aspecto.

Pero esos jóvenes sospechosos nada le harían; venían tan ocupados en su conversación sobre la alerta naranja en el volcán, que ni siquiera la vieron venir, detenerse bruscamente y mirar hacia atrás en busca de una ayuda que no apareció. Sobre todo, no se percataron de su cara, que estaba a un segundo y dos pequeños movimientos musculares de llorar y dar paso a la súplica, y probablemente pedir a sus agresores que se llevaran el viejo reloj que se sujetaba de su muñeca hacía bastantes años pero que, por favor, no le hicieran nada, que piensen en sus madres, en…

Los ladrones, que no eran tales, porque eran sólo unos jóvenes que iban a su cita de todos los días con sus amigos, siguieron de largo por la acera contraria y, cuánto no daríamos por averiguar si, en la seguridad de su hogar, la señora contará esta historia de una manera épica, en la que se salva gracias a su astucia y a que la providencia hubiera intervenido, gracias a su fe o a algún otro elemento espiritual. Los malhechores no son más que Otto y Dino, dos de mis amigos y miembros del club del Origami, una fraternidad creada en torno a la inutilidad, la apatía, la aversión por la ciudad y, por supuesto, la actividad de doblar papel y de la cual hacíamos parte también el Daniel, Talel, Amariso y yo.

La alerta naranja a la que me referí es la frase con la que entendíamos que era hora de ir a doblar papel, el volcán era el Galeras, una prominente loma de escombros, en las afueras de un barrio contiguo al nuestro; doblar papel era envolver cigarros en las hojas de libros de poesía que, primero leíamos, para luego,

en plena posesión mística, intentáramos reconstruir imágenes, en una intervención conjunta en la que cada quien iba aportando su visión.

Así que la alerta naranja era la señal para ir a reunirnos cada noche, el Galeras era el sitio de esas reuniones, doblar papel era la lectura, quema y fumada de poesía y Origami era lo que hacíamos posteriormente, cuando recitábamos versiones totalmente distintas de lo que acabábamos de leer y los muchachos se ponían a mirar las nubes, a tratar de detectar en ellas imágenes que no estuvieran presentes en el paisaje de esta ciudad que a todos nos había empezado a fastidiar.

Nos íbamos todas las noches a doblar papel al Galeras apenas salíamos de nuestras respectivas ocupaciones del día. Yo era la primera en llegar, porque también era la primera en desocuparme. Enseguida empaquetaba las bolsas de basura que me asignaban diariamente en la fábrica donde trabajaba, cruzaba la avenida Peter Pan y me iba derecho hasta el Galeras, pero no subía. Me quedaba por ahí mirando cómo estaba el movimiento por esos lados, porque era justamente a mí que correspondía decretar la alerta naranja, es decir, llamarlos uno a uno y decirles, según como viera el ambiente, si Otto, Daniel, Amariso y Talel debían coger de la universidad derecho pal Galeras y si Dino, apenas su papá saliera a trabajar, podía llegar hasta donde estábamos.

Los muchachos me escogieron a mí para esa *labor,* porque fui yo quien propuso primero el nombre de alerta naranja para el aviso con que nos convocábamos. Opiné que si alguien se asomaba cerca al Galeras por las noches, cuando nosotros estábamos doblando papel, seguro vería una gran fumarola y pensaría que esa loma era un volcán a punto de hacer erupción. Entonces Amariso agregó que, de ahora en adelante, debería ser yo quien decretara la alerta y que a esa loma formada de escombros le llamaríamos el Galeras.

Lo de Origami vino de Daniel, de todos nosotros, quien proponía las imágenes más extrañas en el cielo que el humo nos dejaba en los ojos. Y con Daniel no era sólo en el cielo, él decía poder ver que todo era mejor. Por ejemplo, Talel, que a pesar de ser pésimo cantante, siempre pedía cantar cuando estábamos en medio del Origami, sólo porque, según Daniel, en ese momento lo hacía magistralmente. Fue también por Daniel que se decidió que las lecturas las haría siempre yo, porque

tenía la gracia para que las palabras que leía se materializaran en frente de nosotros.

Así que leíamos y luego armábamos cigarros en las hojas de los mismos libros de donde salían aquellas lecturas. Empezamos este ritual en Enero, a finales de Octubre, ya nos habíamos fumado todos los clásicos ingleses y franceses, todos los poemas de la generación beatnik, de la generación del 27 y algunos de la del 98; la nueva poesía griega, los poetas latinoamericanos del siglo veinte y, últimamente, versos sueltos de un poeta portugués con que cerraríamos la quema de libros, por considerar que después de todos esos, ya no hay nada bueno para el Origami. Este último le gustó mucho a los muchachos y Amariso y Talel afirmaron que, de haberlos encontrado antes, tal vez esos versos habrían dado mayores esperanzas a esta ciudad, lo que, Dino llegó a juzgar como exageraciones sin control, consecuencia de todo el humo que nos envolvía, pues para ello, antes era necesario que todos los habitantes de la villa lo leyeran y, luego de ello, que lograran captar lo que en sus palabras estaba envuelto.

¿Por cuánto tiempo hemos estado haciendo esto?, no lo sé. No es algo que uno marque con una equis en el calendario. Funciona con las citas médicas, el primer beso, de pronto hasta con la entrega de la virginidad, pero no con esto.

Tengo presente, eso sí, que llegué casi flotando a casa, muy tarde. En la sala, todos reunidos, acomodados en torno al televisor. Mi saludo, medido pero entusiasta. De regreso sólo me vino un *Hola* sin despegar los ojos de lo que sea que estuviera ocurriendo pantalla adentro. Una autómata a la que en la mañana, al salir para el trabajo, le dijera *Adios, mamá*, me señalaba el lugar donde podría encontrar la comida que hubiera guardado para mí. ¿Se dieron cuenta de lo que llevaba en mis venas y que se asomaba a mis ojos? ¡Qué va! Con lo drogados que estaban todos les quedaba muy difícil.

II

IMÁGENES DE TALEL

Yo llevo mi música adentro, para nada quiero que me impongan otra, con sus picós, su algarabía o sus máquinas de impresionar oídos. No lo necesito. Que se la toquen a la gente que va en los buses, a las amas de casa, a los que van a las discotecas y a los estancos a amontonarse para terminar restregándose como focas en una playa antártica. Que se la toquen en los infaltables viernes culturales a las muchachitas empolvadas, a los choferes de taxi, a cualquiera pero no a mí.

Llevo mi música y mi ritmo. Son distintos a los de la banda sonora de la estupidez que tocan en la Radio, en las fiestas familiares o en las fiestas tradicionales. Y tú me ves en la calle y creerías que me hablo a mí mismo cuando canto, o que llevo los audífonos bien escondidos en el cabello y la camisa, porque intuyes un ritmo en mi caminar que es distinto a la música de la ciudad y al ritmo bajo el que ella se mueve.

Sin embargo, debo reconocer que todo eso no me ha servido de mucho. Es fuerte el ritmo ahí afuera, frenético, estúpido y uniforme. Y nosotros pretendiendo refugiarnos en nuestro espacio, en las notas de Parker, en la voz de Cobain y decaer, en las letras sabias de Fito, en la fuerza estremecedora de Calamaro. En las figuras que construíamos en las nubes, en caminar por los márgenes. Hay que dejar todo esto, dejar la ciudad antes que caigamos con ella y quedemos sepultados bajo sus muros venidos abajo. Hay que irse lo suficientemente lejos como para estar seguros de no intentar volver algún día, así como así, engañados por el falso augurio de los carteles que dan la bienvenida a los visitantes en la entrada de la ciudad.

Al principio conservábamos la idea de que nada sucedería. Era tedioso pero resultaba todavía soportable. Ahora es distinto: esta ciudad que había estado sitiada tantas veces había terminado por caer. Los muros que tanto protegieron del asalto se hacen ahora inútiles y sólo han servido para favorecer el cautiverio en

que todos conviven, sin que nadie pudiera verlo venir. Porque ni siquiera nosotros lo olimos.

Recuerdo que una tarde venía con Otto, caminábamos junto a la playa, veníamos por el sendero de piedras paralelo a la carretera, con nuestros ojos cerrados y contra la brisa que se tiraba placentera sobre nuestras caras, nos íbamos imaginando cómo debía estar la gente nuestro alrededor, corriendo tras los buses camino a casa, como si ese fuera el sentido de sus vidas y tuvieran la firme intención de cumplirlo a cabalidad.

El paisaje: los habitantes, parados sobre las aceras, en grupos, con sus miradas perdidas en el horizonte, atentos a la expectativa del bus, como hambrientos depredadores que aguardan su presa –imagen ya no tan común en programas sobre la naturaleza-. Entonces, un enorme bóvido o una desvencijada cebra pasaban, se detenía en el paradero y los depredadores se le echaban encima, haciéndolo agonizar en su camino a través de la ciudad. Y sobre él seguían cayendo más y más depredadores hasta el final, pues siempre había uno en el camino, en espera de abordarlo.

Otto los miraba y yo recuerdo que me dijo que sentía algo raro, algo distinto que iba más allá de la estupidez coreográfica que ya reconocíamos en todo eso. Sin embargo, no nos pareció tan malo como para dejar todo atrás enseguida. Eso sí, Otto abrió de repente sus ojos y me dijo: Hay que irse, Talel.

- Nos iremos, Otto, ya nos iremos. Pero antes debemos verlo todo, ver y recordar, parece ser lo que nos corresponde aquí -le dije, muy seguro de cada palabra.

Pero todo eso que se mueve en el paisaje de esta ciudad es tan sin sentido, una vida armada según un modelo que parece venir en las cajitas de cereal o bajo las tapas de gaseosa. Una escena montada sobre la otra y repetida cada cierto tiempo, a la manera de la acción en los comics de Hanna Barbera.

Más cuadros del paisaje: una anciana exprime la energía de unas piernas escuálidas, tratando de que el bus que va hasta su barrio no la deje, pues el próximo no pasará sino hasta de dentro de un tiempo que podría encontrarla

muerta. Que luche pues, con otros depredadores por un lugar en la cebra. El chico que demora su andar para ver si la chica de tetas enormes lo mira y encuentra en él algo interesante, para luego verla perderse entre las cabezas flotantes de toda esa gente llevada por cuerdas, que se mueve al mismo ritmo y con el mismo dolor de no estar ya en sus casas. Ese es el paisaje de hoy y el de mañana. Nada cambiará.

Con nuestros ojos rojos hemos hecho más que esta gente milenaria con sus actos repetidos y sus rituales petrificados.

III

IMÁGENES DE OTTO

Es mentira que la memoria permanece. Lars Ulrich lo afirma gritándolo desde el reproductor de CD, cuando ya yo había decidido que es mentira. Por eso es que te cuento esto mientras ocurre y una vez haya terminado, si acaso termina; pero no te lo cuento necesariamente a ti, me lo digo sobre todo a mí, para tratar de tenerlo siempre pegado a la cabeza, para no cometer el error de volver a las cosas vacías de aquí.

Observo, cuento, recuerdo. He dejado a Talel en su casa. Mientras él debe estar ya sentado, rumiando la cena que siempre le espera después que bajamos del Galeras, yo he decidido quedarme en esta esquina donde la música ha congregado a una gente. Me he quedado atrapado en los sonidos de un piano; me detuve a tratar de comprender la metafísica de las notas de Chopin brincando por toda la sala de baile, sobre los pies de los bailadores que, en parejas, se movían como esculcando el ritmo con sus cuerpos y con los gestos ensayados en sus rostros.

Pero no era Chopin sino Richie Ray, casi suplicando, me pedía que me aguzara. Y yo lo hice. Me alejé en carrera, dos, tres, cuatro esquinas; la música se fue saliendo de mis oídos, cediendo ante la gritería que alentaba a los bailadores. Tomé un largo aliento antes de decirme “Me iré”. Pero eso será después de mañana, después que la Tata lea el texto de Amariso, que ha decidido llevarnos un relato basado en otro de Talel que a mí me ha gustado mucho, no porque seamos amigos de siempre ni porque refleje mi preocupación de quedarme atrapado aquí en esta ciudad, con esta vida, atrapado entre las paredes de un destino que considero abominable, sino porque, mientras la Tata lo leía, yo me adentraba en su trama y su sentido, dejándome llevar por los sucesos de ese tipo que también podríamos ser nosotros de quedarnos aquí, sumidos en la corriente de un remolino que son los días que se asoman.

Me iré. Primero del Galeras, luego del Origami y después de esta puta ciudad. Me iré y no diré nada a mis camaradas, pues temo que ellos hayan terminado por ser también la ciudad y que su órbita no sea más una trampa en la que me quede. Por eso he dado hoy a la Tata los poemas que llevaba escondidos en mi libreta, para que los lea mañana, antes que el texto de Amariso: una revelación me ha llevado a otra.

IV

IMÁGENES DE TALEL

La ciudad parecía ya no resistir más y sus muros terminarían por caer sobre nosotros. Así pensaba Otto, y cierta tarde nos lo hizo saber a la Tata y a mí, sobre todo a mí, que he sido su amigo por más tiempo que el resto de los del Galeras, la misma razón por la que es extraño que no me haya avisado que esa misma semana se iría y que la decisión la había tomado ya esa misma noche, después que regresamos de doblar papel y, sobre todo, después de que la Tata leyó mi texto. Esa noche ya se sentía la desazón, y cuando digo desazón me refiero

exactamente a eso, en el sentido de que no podíamos, por ninguna manera, hallar gusto a nada de lo que hacíamos, si hasta las nubes empezaron a ponerse duras y a no dejarse dar forma ni por Daniel, que era el que, en medio del Origami, nunca había encontrado dificultad moldearles a su antojo.

Cuando Otto me pasó el cigarro, yo comenté algo sobre la trampa que la ciudad nos había tendido. La Tata me preguntó, mirándome con ojos como avivados por fuego, que a qué me refería, que lo dijera más claro, que lo dijera, que ya me estaba poniendo como las tercas nubes que nos habían tocado en los últimos días, que nada claro decían. Yo empecé a explicarlo todo acudiendo al ejemplo de Depredador uno y cómo la criatura, que se las creía tan de cazador termina aniquilado por un tipo tan bruto y mal actor como Schwarzenegger, presa fácil hasta para una clase de niños de tres años. Otto sonrió tontamente, un treinta por ciento por los efectos del estímulo en sus neuronas, otro treinta por ciento debido a que conocía la referencia que yo usaba, y el cuarenta por ciento restante porque había entendido a dónde quería yo llevar la charla. Miró hacia el cielo y me preguntó, aún con sus ojos hacia arriba, que si tenía algo nuevo. Se refería a la promesa que le había hecho de leer, algún día, un texto que escribía yo hacía más de un año.

Meneé mi cabeza para responder afirmativamente, aspiré una tercera bocanada y cerré los ojos; pasé el cigarro a Dino y busqué en mi bolso las tres hojas arrugadas que reposaban en un pequeño bolsillo. Se las pasé luego a Tata y ella empezó a leer. El texto era titulado *La piel del cazador*. La Tata comenzó a leer.

……

LA PIEL DEL CAZADOR

En ese rincón oscuro parece no haber nadie. Es un espacio vacío en una casa cualquiera que se ha privado esta noche de sus ocupantes, ya sea por que han ido a una fiesta o porque la han abandonado y ya no piensan regresar. Eso o alguno de los casos que se dan en una casa cualquiera. Sin embargo, si uno es un gato y

acaba de entrar por la ventana a esta casa, le basta aguzar la vista para ver al hombre que minutos antes metía con dificultad la llave en la cerradura, después de varios intentos y que ahora está tirado en el sofá, a solas en la sala.

Y digo hombre para no complicarme mencionando los añicos que quedan de su alma, lo que se comprobaría con sólo oírlo hablar, pero no espero que este hombre vaya a decir alguna palabra en esta historia. Por ahora tan sólo mira las sombras por entre las luces que llegan de la calle a la ventana; mira con desgano, como un gato aburrido y tendido sobre un tejado, a pesar de que la presencia de las sombras en la sala se hace más intensa.

Debo decir, a pesar de lo que se hayan formado en su mente, que este hombre no está borracho; debo decir también que este hombre se llama Enrique pues cuando alguien pronuncia este nombre cerca de él, sus ojos buscan la voz. También es necesario que diga que el brillo en sus ojos es consecuencia de la humedad que repentinamente los ataca, justo cuando una de las sombras que se extienden desde la calle penetra por la ventana, hecha pelos, cuatro patas y un ronroneo que se mueve por entre los pies del hombre, adquiriendo un nombre que Homero Ochoa trae a su mente enseguida.

Se trata de Tito, el gato que vivía con él desde hacía no sé qué tiempo y el cual, al escuchar su nombre salir de la boca de Homero, no dudó en emitir un largo miau que llenó en algo el silencio que el hombre había dejado intacto cuando entró. Un miau que era una opinión, y Homero le dio la razón: cada día era más difícil para los dos la vida en la calle. Además, un gato mordido, ensangrentado y con de sus patas totalmente lastimadas ha de saber bastante acerca del tipo de fracaso que este hombre acababa de sufrir.

……

Se trataba de la historia de un hombre que, sintiéndose libre y dueño de su destino, exitoso con las mujeres y temerario, se choca repentinamente con la realidad de que es un mortal y que la vejez lo ha convertido en una presa, no ya el cazador de amores que fuera, no ya el espíritu indómito sino un hombre común y parte del más débil de los rebaños, situación que comparte con su gato, incapaz de lograr

procrear con alguna gata. Luego de que la Tata terminara, se hizo el acostumbrado silencio después de la lectura. El cigarro se había acabado antes de que la Tata leyera la segunda hoja del cuento. Todos nos recostamos en la grama, tal vez era nuestra manera de seguir intentando sacar, al menos, una retorcida imagen reconocible en esas nubes de porquería.

A propósito de nuestra preocupación, uno de los muchachos, no recuerdo ahora quién de ellos, recitó unos versos del poeta Jattin y yo dije para mi mismo "¿qué será de mí?". Amariso se paró y dijo que el día siguiente leería un texto que se le ocurrió mientras Tata leía el mío. Hizo un gesto que todos entendimos como hora de irse, pero no nos fuimos sino hasta después que Otto anunciara que también leería sus poemas, cosa extraña, pues nunca nadie había podido conocer una sola línea de sus textos. Y nos fuimos todos a casa.

La noche siguiente, cuando nos preparábamos a doblar papel, Otto entregó a la Tata la decrépita libreta roja en la que venía escribiendo y amontonando, en forma de garabatos legibles sólo para él (y, por lo visto después, también para la Tata), extensos y bien logrados poemas. Esa noche, de todos modos, debíamos leer sólo textos de nosotros, pues ya no nos quedaba ningún libro. De modo que, pensándolo ahora, no era tan raro que Otto decidiera mostrarnos algo de lo que creaba. Estaba la posibilidad de comprar uno que otro libro, pero ninguno parecía estar dispuesto a pagar por ellos y, si acaso en la biblioteca quedara todavía un libro de poesía que no nos hubiéramos fumado y que valiera la pena, estábamos ya cansados de eso, pues buscarlos era siempre una tarea muy fatigosa que podía demorar meses. De todos modos, ya habíamos decidido que todo libro que se conservara intacto sería ignorado en el Galeras.

Entonces, era el turno de Otto que, según lo que yo había percibido en todo el tiempo que llevaba conociéndolo, tenía un excelente criterio para la valoración de la poesía. La Tata empezó la lectura, el resto mirábamos en silencio. Ella leía y parecía que las palabras pasaban volando entre nosotros, hasta estoy seguro de que terminaron apareciéndose transformadas en las imágenes exactas que pretendían mostrar.

Miré a la Tata y supe enseguida que debía estar pensando lo mismo que yo. Lo supe porque reconocí en su cara el gesto que seguramente tenía yo también sobre

la mía y que podía sentir sobre mis párpados, mientras pensaba que Otto era, definitivamente, uno de los mejores poetas con quien hayamos tenido la oportunidad de hablar; uno sin libro publicado, que, de haberlo, habríamos terminado también por quemar cada uno de los ejemplares que existieran.

Ahora era el turno para Amariso, quien, en efecto, había traído su texto. Recuerdo ese día claramente, mucho más que todos los otros días que pasamos en el Galeras, pero recuerdo mucho más detalladamente este momento, no sólo por el hecho de haber sido el último y, por tanto, el más reciente, sino por lo que pasó al final de la siguiente lectura que, esta vez fue hecha, extrañamente, por el mismo Amariso. Le dio el título de *La piel del cazador II*. La historia era la siguiente:

……

LA PIEL DEL CAZADOR II

El felino atraviesa la sabana camino a los matorrales, con sus oídos afinados busca la presencia de aquello que sus ojos no logran captar, a pesar de haber revisado con ellos todo el paisaje, palmo a palmo. No son de acecho sus movimientos, ha llegado su turno de ser acechado. Cinco escopetas lo persiguen; están dotadas de muerte y gatillos impacientes que terminarán por hacer estallar la pólvora.

El animal ha olido en el aire un miedo distinto al suyo y sabe que debe venir de alguna de esas escopetas. Para algunos debe ser su primera cacería pero el animal no se detiene ni se hace falsas esperanzas: pronto lo hallarán. Les escucha cada vez más cerca y el camino adelante es muy empinado, rocoso y sin recovecos. Ni siquiera el matorral más espeso le serviría de refugio; lo sabe en cuanto escucha, en la voz del más experimentado de esos cinco hombres que van tras su piel, palabras de gozo por un triunfo que ha de venir. En esa misma voz puede figurarse el goce casi burlón de la victoria, la sonrisa plegada en la comisura de los labios. Después era el camino convirtiéndose en pared rocosa. En esa dirección no está el escape.

Regresará.

Rugirá a los cañones, que se irán iluminando mientas escupen la muerte sobre Él. La decisión está confirmada en sus uñas, asomadas a plenitud, hiriendo la arena negruzca y los pequeños hierbajos que reclaman la vida entre las piedras del camino.

Cinco cazadores que avanzan desde el otro lado del matorral y Este, que ahora es cazado, en el lado opuesto. Se encontrarán dentro de poco. Aunque dos de esos hombres estén nerviosos y nunca hayan enfrentado algo como lo que les espera más allá de los matorrales, Él está rodeado. Así que regresar, desde cualquier punto de vista, es un camino de temeridad.

Pero Él lo mira sólo desde el miedo que le produce verse contra la montaña, tratando de ir por un imposible ascenso, sucumbiendo ante el fuego que penetrará sus carnes, en medio de un juego de humillación similar al de un felino –terrible paradoja- que se entretiene con la presa a la que sabe definitivamente perdida.

Entiéndase: es el temor, y no la temeridad, el que dicta el regreso. Pero regresará, esperando que un destino imparcial le permita agotar todas sus posibilidades de supervivencia.

Dentro de poco, los hombres y el animal se encontrarán de nuevo, y ya se verá quién de los dos exhibirá en sus dominios la piel del cazador.

……

Otra vez silencio. Pero no por mucho. Otto balbuceó un tanto, y como desperezando los músculos de su boca, después de tanto lábil aletargamiento en la sangre. Al final logró destrabarse un poco (y me refiero sólo a la lengua) para luego decir, sin que nadie lo esperara: “Asumimos la lectura de un libro con actitud de cazadores, para terminar topándonos de frente con nuestra propia piel, tendida a lo ancho de las páginas. Y es de nuestras entrañas que está hecho el dolor que allí encontramos”.

Me pareció que esa frase justificaba los más de diez meses que llevábamos reuniéndonos en aquella loma; y el silencio de mis compañeros, de alguna manera distinto al que se acostumbraba después de la lectura, era una señal de que ellos también lo creían así. Antes de que nos repusiéramos al desajuste que esa frase había obrado en nuestro apagado éxtasis, Otto se levantó bruscamente, pisó la colilla que sostenía encendida en su mano, en ademán de seguir aspirando el humo, dio tres pasos hacia el camino por el que se bajaba del Galeras. Luego escuchamos un sonido que todos debimos haber confundido con un trueno, porque ahí estábamos mirando al cielo, como buscando con nuestros rostros la evidencia de una lluvia cayendo. Nadie se percató del hombre que, encaramado en lo alto de una edificación, sostenía un arma cuyo cañón aún humeaba. Mucho menos podía percatarse Otto, tirado en el suelo, con su cabeza reventada por una bala.

Cartagena, 2000

EPÍLOGO

EL CAMINO QUE CONDUCE A LOS PARQUES

Dice en una historia que muchos habremos leído alguna vez, que mientras un hombre leía con avidez una novela, sentado en su sillón de tela verde, otro se aprestaba a saltar desde las páginas para decidir el final del relato.

Este Cortázar ha jugado mucho tiempo con nuestra tranquilidad. Pero recientemente hemos venido a saber que fue el miedo a que esa sombra que le acechaba por siempre lo tomara por sorpresa mientras escribía, besaba a Karoll o simplemente paseaba desprevenido por la húmeda París. La muerte de aquel infeliz lector, pues, fue orquestada por Julio Cortázar como medida para sentirse guarnecido de la nefasta presencia.

Sin embargo, mientras ponía las líneas finales de aquel relato pudo sentir de nuevo el acecho, como una advertencia permanente.

Quién sabe cuántas veces, los finales de sus historias fueron consecuencia del temor a esta visita, a este inevitable acecho. Quién sabe si, al leer ese relato, estamos todos condenados a repetir la misma escena con un mismo destino, interminablemente.

Quizá en este preciso momento, mientras estas letras se dibujan ante sus ojos y usted lee, se abre de nuevo el camino con que se configura por siempre la continuidad de los parques. Pero no dejaremos de leer.